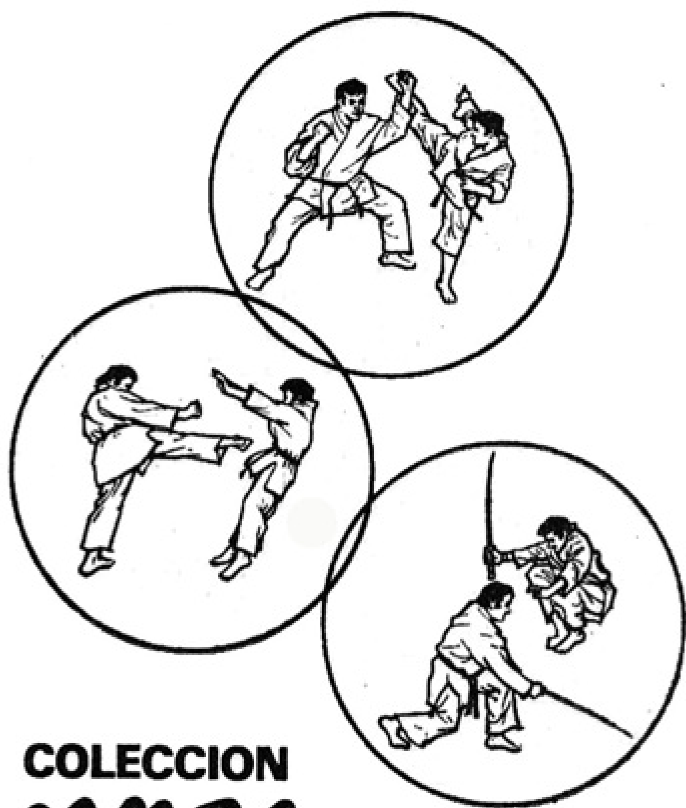


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

EL PARAISO DE LAS FIERAS



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

EL PARAÍSO DE LAS FIERAS
(M. P. SAVAGE-12)

Colección ¡KIAI! n.° 46
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

41 — La escuela del maestro Shoji, Lou Carrigan.

42 — Las chicas Ninja, Ralph Barby.

43 — Infierno de bambú, Curtis Garland.

44 — La bella y la muerte, Clark Carrados.

45 — Puños invencibles, Lou Carrigan

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 35.200 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por
la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El deportivo “ Lamborghini ” verde oliva rodaba a una buena velocidad por la pista forestal que tenía socavones muy notables que hacían brincar al vehículo, mas no había el peligro de rocas que pudieran romper la mecánica del coche o agujerear el cárter perdiendo así el aceite, con lo que se debería de abandonar forzosamente el rally de la Petite République[1].

Sandra conducía de mal humor, había puesto muchas ilusiones en clasificarse en el rally. En realidad, no aspiraba a quedar entre los diez primeros, entre los diez mejores del mundo, pues de todas las nacionalidades participaban en el rally de la Petite République.

—¡Si no hubiéramos pinchado tres ruedas! —se quejó la joven y arriesgada piloto que ocultaba su cabellera bajo el casco.

Fiorella era la copiloto de Sandra. Sabía conducir, pero no era tan arriesgada como la propia Sandra que, además, era la propietaria del “Lamborghini ”.

Fiorella era amiga de Sandra y no cobraba ni un franco por su labor de copiloto; se conformaba con participar en el rally y tener los gastos pagados.

Fiorella era más fuerte, más resistente que Sandra y, al mismo tiempo, entendía mucho más de mecánica. Si la dejaban tranquila en un taller, podía desmontar el motor de un automóvil, limpiarlo completamente y volverlo a montar, dejándolo como nuevo.

—A mí me parece que han lanzado chinchetas gigantes en la pista forestal para reventarnos las ruedas.

—Pues nos han fastidiado; tres ruedas pinchadas —gruñó Sandra, apretando sus pequeños dientes mientras maniobraba con el volante al tomar una curva cerrada con velocidad reducida. Levantaron una gran polvareda; la tierra estaba seca y suelta.

Las dos mujeres, ambas muy jóvenes, luchaban por una simple clasificación en el gran rally. No aspiraban a más, y se daban cuenta de que sus oportunidades se esfumaban. El rally aún comprendía dos días más de duras pruebas por pésimas carreteras o reducidos tramos de autopista para que pudieran desfogar los motores de los potentes automóviles que tomaban parte en el gran rally.

Sandra se desenvolvía en la vida sofisticada de la jet set parisina, londinense, romana, monegasca o de Torremolinos; tenía los

francos suficientes para ir de un lugar a otro sin demasiados problemas. Por ello, su vitalidad la empujaba a participar en las grandes pruebas deportivas donde se permitía o, simplemente, se toleraba la presencia femenina.

El feminismo, pese a sus manifestaciones, casi algaradas callejeras y a los virulentos artículos publicados en los periódicos, no había conseguido la igualdad total con el varón. Las feministas que reclamaban derechos sabían bien que había que pedir diez para obtener cinco; pero, por el momento, lograban sólo dos partes de las diez que pedían y ello era cada vez que una de las naciones democráticas se preparaba para elecciones de Parlamento y Gobierno, pues los votos de las mujeres también contaban y de forma decisiva.

Sandra quería encontrar una meta a su vida, una meta que buscaba ansiosamente.

Temía que, en el momento que dejara de buscarla, se vaciaría por dentro y se convertiría en una ruina humana como tantas y tantas mujeres elegantes que iban de salón en salón, de fiesta en fiesta, luciendo eternamente sus treinta y tantos años, pues aunque tuvieran cincuenta siempre seguirían explicando que estaban en la treintena. Creían que el elixir de la perpetua juventud, consistía en decir una edad falsa, y cada menstruación que les llegaba era un mes más, una luna menos de vida. Y trece menstruaciones, un año a cargar en la cuenta, haciendo más difícil mantener esa cifra de los treinta y tantos años en la que nadie creía.

Sandra y Fiorella estaban todavía lejos de los treinta. Fiorella era más tranquila, más segura de sí, aunque no por ello dejaba de vibrar y emocionarse ante un niño o un viejo, una estatua, un cuadro o un poema, lo que tampoco era óbice para que se engrasara las manos, la cara, toda la ropa, manipulando en el motor de un automóvil que, caliente, semejaba transpirar aceite.

Eran distintas y, sin embargo, muy amigas. Sandra sabía que si en algún momento le echaba en cara a Fiorella que no tenía dinero, ésta se encogería de hombros y se marcharía, porque el dinero le importaba poco y no aspiraba a amasar fortuna.

Fiorella vivía cada uno de los días de su vida como si éste fuera el primero y el último. Al dar por concluidos sus estudios ortodoxos, es decir, dentro de una facultad, había decidido que el futuro había que dejarlo para mañana y que dejar de vivir el hoy pensando en el mañana, era una solemne estupidez. Había seguido adquiriendo conocimientos, cultura, pero de una forma práctica y autodidacta, especialmente a base de contactos humanos con gente que le interesaba. Por ello, Fiorella expresaba una atención al prójimo que Sandra no acababa de comprender.

—¡Cuidado, Sandra, cuidado! —gritó Fiorella, de pronto.

Sandra pisó el freno, a fondo. El "Lamborghini " respondía bien, mas las ruedas no se agarraban en aquella tierra suelta y el coche efectuó un viraje extraño para no embestir al vehículo que, de pronto, había aparecido ante ellas.

La pista forestal era tan serpenteante que el obstáculo no se podía prever hasta que materialmente se hallaban encima y, con deseos de puntuar, rodaban a una velocidad excesiva para las condiciones de la carretera de tierra que discurría entre un bosque montañoso, y lleno de bajadas y subidas, de árboles y matorrales.

Las dos muchachas quedaron en suspenso, con la respiración alterada tras el brusco frenazo, viendo la polvareda que habían levantado. Miraron hacia el otro coche que exhibía unos guarismos parecidos a los que ellas llevaban.

Una portezuela estaba abierta, la del conductor, y el cuerpo de un hombre aparecía medio colgado hacia el exterior, cabeza abajo con la cara oculta. Si no terminaba de caer sería porque el cinturón de seguridad le sujetaba por la cintura.

—¿Qué le habrá pasado —preguntó Sandra, con las manos cogidas al volante como si pretendiera sacar fuerzas del propio coche.

—¡Hay que ayudar, Sandra! —exclamó Fiorella, resuelta.

Se liberó del cinturón de seguridad y saltó al suelo para acercarse corriendo al coche que parecía siniestrado.

—Fiorella, espera, me horroriza la sangre, cuando la veo me mareo...

—¡Pues vomita primero y luego ven a ayudarme!

—¿Por qué me pasarán todas las desgracias a mí? —se lamentó Sandra.

Resopló. Sabía que llevaba un gran retraso y que podía llegar con el control cerrado, quedando descalificada. Se quitó el cinturón, abrió la portezuela y al salir del coche, se encontró con una desagradable sorpresa.

—Estate quieta y no te pasará nada.

Junto a su propio coche, como surgiendo del interior de la tierra, Sandra descubrió a un hombre de aspecto frío y profesional que la apuntaba con una pistola provista de silenciador.

—¿Qué significa esto?

—¿Tú eres Sandra?

—Sí, pero... ¡Fiorella!

Fiorella se llevó también la sorpresa al ver como el tipo que semejaba inconsciente en el coche se levantaba y saltaba fuera, enfrentándosele casi burlonamente.

—Un buen truco, ¿verdad? Y lo de los reventones no ha estado nada mal, ¿eh?

—¿Todo una trampa? ¿Qué quieren de nosotras?

En aquel momento llegaba otro coche que tocó su claxon en forma de contraseña. Era un vehículo grande y potente.

—¡Sandra, es un asalto! —gritó Fiorella.

Sandra quiso regresar al interior de su coche pese a la pistola que le apuntaba, pero la cogieron por el brazo.

—¡Suélteme!

—¿Quieres que te agujeree esa linda cabecita? ¿Crees que ese casco antigolpes iba a parar un balazo? —sonrió el hombre, despreciativo.

Fiorella quiso escapar del que iba tras ella, pero éste alzó su mano y le aplicó un brutal shuto-uchi en mitad de la espalda. Quizá pretendía dárselo en la nuca para partírsela, mas la larga zancada de Fiorella la libró de aquel golpe mortal. No obstante, acusó el impacto dado con el canto de la mano, un canto de mano encallecido por duro entrenamiento.

Fiorella abrió la boca y los brazos, cayendo de cara al suelo. Se llenó la boca de tierra, mordiéndola, midiéndola con su esbelta figura.

—¡Asesinos! —gritó Sandra.

No era fácil darle bofetadas a Sandra, que protegía su cabeza y parte del rostro con el casco, mas se encontró con una esponjita humedecida en líquido narcotizante que le fue aplicada entre la nariz y la boca.

Sandra quiso liberarse y sólo consiguió arañar la mano que le aplastaba la esponja contra la cara.

Lo último que pudo oír Sandra, mientras perdía el conocimiento al ser narcotizada, fue:

—Ha muerto, parece que le he dado demasiado duro...

Una millas más lejos, y en aquella dirección, rodaba un automóvil que no se había apuntado en la listas de participación del gran rally de la Petite République.

Aquel vehículo que avanzaba por la dura pista forestal era un modelo único, un coche que no tenía igual en todo el mundo, ya que había sido fabricado en los talleres de Liberty Garden con ingenio, técnica y mimo, un automóvil artesanal, casi una obra de arte. Aquel coche tenía nombre propio, pues no se podía llamar marca cuando sólo había uno: Era el “Daymio ”.

Juanito Chancleta tomaba notas y apuntes, propios y los que le sugería Moses Pacific Savage que conducía el auto.

M. P. Savage quería hacer todo el recorrido del rally por sí mismo para luego poder explicar, con detalle, cuáles eran los obstáculos y conocer los problemas que podían surgir al margen de la mecánica propia de cada automóvil y de la mejor o peor conducción de los diferentes pilotos. Estaba seguro de que se empleaban trucos,

trampas más o menos sucias que favorecían a algunos y perjudicaban a otros aunque, en realidad, M. P. Savage buscaba más, mucho más.

Sabía que la final del rally de la Petite République tenía un gran poder de convocatoria para la gente importante de todo el mundo; gente con mucho dinero o con grandes amistades.

El mismísimo Savage había tenido dificultades para alquilar un pequeño apartamento en un gran hotel que ponía a disposición de sus clientes todos los servicios accesorios Esta fórmula de hotel-apartamento o apartamento-hotel, se estaba imponiendo por todo el mundo. Resultaba más caro pero más independiente y los apartamentos _eran muy cotizados entre quienes podían pagarlos.

Ricky, acomodado en su sillón giratorio, jugaba una partida de ajedrez consigo mismo. El tablero era metálico aunque no se podía apreciar a simple vista y la base de las piezas se hallaban imantadas.

—¡Savage, allí!

—Sí, Juanito, ya veo.

El camino estaba envuelto en la densa polvareda que ocultaba una huida.

Allí, detenido, quedaba un “Lamborghini" verde oliva con las portezuelas abiertas y, en el suelo, un cuerpo tendido, con el casco puesto.

Savage pisó el freno y detuvo el “Daymio". Saltó al suelo y se inclinó sobre el cuerpo que yacía en la tierra.

—Es una mujer.

—¿Está muerta?

—Lo parece, quizá ha recibido un mal golpe —respondió Savage a Juanito Chancleta.

Y se dispuso a emplear la dificilísima, casi sublime técnica oriental de Konat-Sou, que sólo los muy avanzados en las Artes Marciales Orientales podían conseguir. Se trataba de recuperar, de impedir la muerte de un ser humano que hubiera recibido impactos mortales de Karate, Tae Kwon Do o Kung-Fu, si es que había alguna posibilidad de salvación.

Se corría el riesgo de considerar a alguien muerto demasiado precipitadamente. Un paro cardíaco podía significar la muerte, pero aún había una posibilidad de salvación antes de que las células cerebrales murieran.

Mientras Savage masajeaba, con golpes secos y en lugares concretos, a la ya dada por muerta Fiorella, Juanito fue hasta el “Daymio " y sacó una pequeña botella de acero. Era oxígeno comprimido al que acopló una mascarilla de plástico mientras Ricky observaba el “Lamborghini ” y las huellas que había en derredor.

—¡Ponle la mascarilla! —ordenó Savage, metiendo su mano entre los pechos amplios, redondos y fuertes de Fiorella. Oprimió sus

costillas, de tal forma, que de no poseer la técnica precisa, se las habría podido hundir.

—Parece que retorna a la vida —observó Juanito Chancleta, oprimiendo el resorte de la salida del oxígeno.

—Sí, se recupera, pero habrá que trasladarla a un centro de recuperación.

—¿Có... cómo está; se salva?

—Sí, Ricky, hemos llegado a tiempo. Quizá un minuto más y habría sido inútil. Tenía un paro cardíaco, y menos mal que no le habían reventado el corazón.

—No ha habido choque, Savage.

—Lo imagino.

—Hay huellas de cuatro hom... hombres y una mujer.

—¿La que se han llevado? —inquirió Savage.

—¿Lo sa... sa... sabes? —preguntó Ricky, con su habitual tartamudeo siempre que no h ara su lengua materna, es decir, el japonés.

—Este coche tenía que ir conducido por dos mujeres; pero ahora, no perdamos el tiempo. Juanito, coge las llaves del “Lamborghini ” y no dejes huellas, este asunto corresponde a la policía francesa. Estamos cerca de la frontera de la Petite République, pero aún nos hallamos en Francia. ¡Vamos, rápido!

Poco después, el “Daymio ” se alejaba, pero ya sin perseguir a nadie, sino tratando de salvar a Fiorella que había vuelto a la vida pero continuaba inconsciente.

CAPÍTULO II

El comisario Gaupierre, de la Policía Judicial, se pasó la yema del dedo índice izquierdo por el amplio pero recortado bigote que iba a caballo entre su nariz y la boca; un espacio muy ancho, quizá más de lo habitual,

—Monsieur Savage, hicieron ustedes bien en traer a la joven hasta el hospital.

—¿Qué ha dicho el doctor?

—Que podía haber muerto. Tiene algunas moraduras en el pecho y la espalda.

—Es posible que algunos de esos morados se los haya hecho yo, tratando de recuperarla.

—Esa es la opinión del doctor. ¿Ha hecho usted algún curso de medicina, monsieur Savage? —preguntó, entre suficiente y despectivo.

—No, si se refiere a la medicina occidental.

—Comprendo, monsieur. Usted es uno de esos que andan llenándose la boca sobre la medicina oriental, acupuntura, yoga, etcétera.

—Algo de eso hay, comisario, y me da la impresión de que usted no cree en absoluto en las técnicas y ciencias orientales.

—En absoluto, monsieur —repuso, categórico—. Todo eso del orientalismo es para la juventud inadaptada, ya sabe, los qué no quieren trabajar.

—Veo que es usted un agnóstico muy práctico, como buen francés. Usted sólo cree en lo que puede comprobar.

—Si no fuera así, no sería policía, monsieur Savage.

Ahora dígame, ¿qué más sabe de lo ocurrido en el monte? Ya sabe, la pista forestal.

—No sabemos nada. Hemos dejado el coche para sus hombres y hemos procurado no borrar huellas.

—Muy bien hecho. No nos gustan los entrometidos que se meten a jugar a policías.

—Hace usted bien en no creer en los orientalismos, comisario, pero le veo muy cansado.

—Pongo toda mi dedicación a mi deber, monsieur.

—Lo supongo, por eso sus pupilas están contraídas.

—¿Quiere usted decir?

—Sí; ya que está en el hospital, debería darse una mirada.

—Quizá lo haga...

Mirándole a los ojos muy de cerca, Savage comentó:

—No me cabe duda alguna de que cuando lleva un rato leyendo tiene usted dificultades.

—Algo de eso hay, monsieur, para eso tengo gafas graduadas.

—Pero, hay que cambiarlas de cuando en cuando Míreme bien.

—Usted no es doctor, monsieur Savage.

—Tranquilícese. Cierre los ojos y aspire profundamente...

—Llevo muchas horas de servicio —dijo, comenzando a aspirar con intensidad.

—A usted le hace falta liberarse profundamente, muy profundamente, por eso despega sus pies del suelo y se levanta, se levanta como una nube empujada por un viento suave que lo eleva, lo eleva. Se siente bien despegado de la tierra y un calor suave le envuelve. Su respiración se hace, ahora, más lenta, se ha dormido y descansa. Sólo serán breves instantes. Cuando le sople a los ojos despertará y no se acordará de nada de lo que le diga, ni siquiera de que le he hipnotizado. Usted necesita liberarse un poco. Buscará a la jefe de enfermeras y le pedirá que le acompañe con mucho sigilo al cuarto de la ropa limpia de la clínica para hacer el amor, cueste lo que cueste; después, le pedirá perdón...

Savage sabía que le estaba gastando una broma un poco pesada al incrédulo comisario, una broma que no tendría consecuencias. Puso 1a mano en el bolsillo de la chaqueta del comisario Gaupierre y le quitó el pasaporte y el permiso de conducir de Fiorella. Los observó durante unos instantes y los guardó en su propio bolsillo. Después, sopló sobre sus párpados y el comisario abrió los ojos.

—¿Qué pasa?

—Me decía usted que estaba cansado.

—Sí, es cierto, monsieur. —Y se alejó.

M. P. Savage fue a la habitación de Fiorella. En aquel momento, dos doctores salían de la misma.

—Disculpen... ¿Cómo está mi amiga?

—¿Es usted pariente? —preguntó uno de los doctores, que ocultaba sus ojitos tras los cristales muy gruesos de unas gafas de gran concha.

—Como si lo fuera, pero no tengo derechos legales sobre ella, si es lo que pregunta.

—Bueno —carraspeó el otro—, se ha recuperado totalmente. No tiene lesiones aparentes y se encuentra bien, pero se ha de someter a observación; nunca se sabe. Ha recibido duros golpes y, desgraciadamente, de lo que sufre es de amnesia transitoria. Aquí, el

doctor Bonde es psiquiatra.

El aludido carraspeó ligeramente. Se estiró de su corbata azul hacia abajo y como era de seda, el nudo le ciñó el cuello en exceso, por lo que comenzó a enrojecer, lenta, pero inexorablemente.

—Yo diría que se trata de amnesia shock, traumática... Con un trato adecuado se conseguirá la recuperación del subconsciente y el consciente positivo-negativo en breve plazo, es decir, mediante un tratamiento de grupo, terapia, sin exciting flash. Claro que, en su condición, sería el momento óptimo para rastrear su subconsciente y si posee alguna inhibición producto de una frustración regresiva de la niñez que podría conducirla lenta pero inexorablemente a una regresión...

—Seguro que en sus manos estará magníficamente, doctor —le cortó Savage—.

Hablaré a los padres de Fiorella de la suerte que ha tenido al caer en unas manos tan brillantes.

—¡Ah, muchas gracias, monsieur, muchas gracias!

Savage dio por terminada la conversación con los dos médicos y entró en la habitación, comentando para sí:

—No te fastidia... Menudo loquero tienen suelto por aquí. ¡Ah, hola, Fiorella...!

La muchacha estaba sentada en la cama. Tenía unos maravillosos ojos azules que parpadearon, mirando a Savage, el cual le pareció muy atractivo.

—¿Quién es usted?

—Moses Pacific Savage, los amigos me llaman simplemente Savage. ¡Anda, vístete que nos largamos, hay prisa!

—¿Irnos, adónde?

—Tú participabas en el rally de automóviles de la Petite République.

—No recuerdo.

—Ya recordarás. Lo importante es que te encuentras bien, que no tienes ningún hueso roto ni ningún órgano reventado—. Haló del embozo de la cama y la descubrió.

—¿Qué hace? —exclamó ella, desconcertada ante la actitud resuelta del hombre que la dominaba.

—De tu maletín sólo ha salido un juego de panties, unos pantalones y una camisola blanca. Es poca ropa; ya te compraré algo en la Petite République. ¡Vamos, vístete!

—¿Eres médico de la clínica?

—¡No, vístete! —insistió.

—No quiero, no recuerdo nada, no quiero salir de la cama.

—Si tuviéramos tiempo, no te lo reprocharía y, encima, la compartiría contigo, eres muy bonita, pero ahora, estáte quieta.

Savage le apresó el rostro entre sus manos, pasándole sus largos dedos casi por debajo de las mandíbulas, mientras con las yemas de los pulgares le acariciaba las sienes.

Ella cerró los ojos con la sensación de hallarse agradablemente y Savage le besó los labios con suavidad. Ella, sin abrir los párpados, participó en la caricia. Alzó sus manos y le rodeó el cuello para que no se escapara.

—¡Ahora vístete y vámonos!

—Espera, sigue, sigue, sigue... —pidió, casi entre suspiros.

—Ahora no, ya habrá tiempo para las relajaciones. Vístete, tenemos poco tiempo. Fiorella abrió los ojos y tuvo que hinchar mucho su pecho de aire, realzando su busto, ya hermoso de su natural.

—¿Quién demonios eres?

—A lo peor, eso, un demonio. Vamos.

Fiorella saltó de la cama y se puso los pantalones y la camisola. Savage cogió su maletín y la condujo por una puerta posterior, que daba a los jardines.

Rodearon las instalaciones y, sin ser vistos, llegaron al parking. Allí había dos coches policiales y sus chóferes hablaban entre sí para matar el tedio mientras esperaban.

—Sube al coche —le pidió a Fiorella señalándole el “Daymio" cuya portezuela acababa de abrir Juanito Chancleta.

—Qué bueno que ya te encuentras bien.

Fiorella parpadeó, desconcertada. No podía recordar a Juanito, el puertorriqueño amigo de Savage, pequeño, todo fibra, con escasos cincuenta kilos y permanentemente inquieto.

Savage puso en marcha el gran automóvil y abandonaron el parking de la clínica, sin dificultades Toma, ron la carretera general y rodaron hacia la frontera que estaba ya a menos de cien kilómetros.

—Fiorella, te presento a mis amigos y compañeros, Juanito Chancleta y Ricky, que está detrás. Los dos entenderán el idioma en el que prefieras hablar, aunque Ricky tiene algo de dificultad cuando lo sacas del japonés.

Fiorella miró a Ricky, sorprendiéndose al ver a un gigante humano, Ricky, con sus dos metros diez de estatura y ciento ochenta kilos de peso, era la excepción de su raza pero no la única, por ello en Japón era tan importante el deporte del Sumo, siendo practicado por japoneses del tamaño de Ricky.

—Coge una, una carta —le pidió Ricky, tendiéndole un mazo.

Fiorella, vuelta de espaldas, cogió una de las cartas y preguntó en tono algo irónico:

—¿Tienes que adivinarla ahora?

—No, no es eso, estoy tratando de comprobar si la carto... cartomancia puede ser creíble.

—Ricky es un hombre-computadora. La verdad es que la cartomancia parece que procede del antiguo juego indio de Chaturanga o Cuatro Reyes, aunque las actuales cartas del Tarot las pintara un escocés, Fergus Hall —observó Savage.

—¿Creéis en las cartas?

—Ahí tenemos la frontera —observó Juanito, cuando Fiorella descubría su naipe y Ricky observaba:

—Reí... reina de corazones; co... coge otra.

Pasaron el control de aduana sin dificultad. El comisario Gaupierre no había tenido tiempo de darse cuenta.

Los gendarmes no les pusieron objeciones y tampoco los oficiales de aduanas de la Petite République.

Parecía como si en aquel pequeño país brillara más el sol, como si hubiera mayor luminosidad.

Lo que estaba haciendo Ricky, en realidad, era tratar de distraer a Fiorella con los naipes para que no pensara en nada. Al entrar en la Petite République, se adentraban en un mundo de lujo, en un pequeño oasis de millonarios donde todo era carísimo y nadie protestaba porque de esta forma los clientes millonarios se aseguraban de que los económicamente débiles no estarían codeándose con ellos. Era la selectividad del dinero.

Fiorella se dejaba llevar. Ricky había conseguido hacerla reír, lo cual era mucho debido al problema que la joven tenía, pues no conseguía recordar nada de lo sucedido.

Savage condujo el "Daymio " al hotel de apartamentos. El ambiente en el vestíbulo era grande, se esperaba la final del rally. Los automóviles que participaban en la competición habían pasado de largo, lamiendo la frontera para hacer otros recorridos.

En la última jornada regresarían a la Petite République y en el circuito automovilístico que poseía el país, darían veinte vueltas y terminaría el rally.

Todas las plazas hoteleras de la Petite République estaban al completo. Las terrazas de los grandes cafés que miraban a la bahía y a las playas se adornaban con banderines multicolores y se oía música por todas partes.

Subieron al apartamento, que se hallaba en la séptima planta del edificio. El apartamento estaba compuesto por un amplio salón-estar, una minicocina independiente, baño grande y dos habitaciones más bien pequeñas.

—Toma la habitación que prefieras, Fiorella.

—¿Y vosotros?

—Ya nos arreglaremos.

Fiorella se quedó mirando a Savage, interrogante.

—¿Por qué te ocupas de mí? Yo quiero recordar y no lo consigo.

Sería mejor que regresara al lugar donde dice mi pasaporte que resido.

—Tú eres un ave libre, un ave que vuela de un lado a otro; ya lo he comprobado telefónicamente. He llamado a la dirección de tu pasaporte, a tu supuesta residencia y se me ha dicho que no parabas allí desde hacía mucho tiempo. Eso me hace pensar que no tienes una residencia fija, real. —La cogió por los hombros, invitándola a sentarse en el sofá y acomodándose junto a ella—. Fiorella, es momento de que te hable claro.

—Quiero saber por qué estoy aquí con vosotros, unos desconocidos, y también quiero saber por qué no abro la puerta y me marcho. ¿Qué me obliga a permanecer a vuestro lado?

—Posiblemente intuyes que te vamos a ayudar a ti, y a tu compañera Sandra Borj.

—¿Sandra Borj?

—Sí, ella era la piloto del “Lamborghini ”. Tú eras la copiloto, lo he averiguado investigando en las listas de participantes en el rally de la Petite République...

—Sandra, claro, Sandra... ¿Qué le pasa a Sandra? —interrogó, con la mayor ingenuidad del mundo.

—Eso es lo que queremos averiguar.

—Pues yo no lo sé. ¿Le ha ocurrido algo malo?

—Ibais en el “Lamborghini ”, por ¡a pista forestal. Luego, cuando llegamos nosotros, tú estabas inconsciente, te habían dejado como muerta. Te socorrimos y te llevamos a una clínica dando parte a la policía.

—No recuerdo nada en absoluto, de verdad. ¿Es cierto lo que me dices, Savage?

—Muy cierto. Buscaremos a Sandra, pero nos tienes que ayudar. Tengo la impresión de que hay algo muy sucio detrás de todo esto.

—¿La han raptado?

—Posiblemente, pero huelo que no se trata de un simple rapto.

—No recuerdo nada, por más que me esfuerzo —dijo la muchacha, apretándose las sienes con los índices.

—La policía estaba perdiendo el tiempo, por eso te sacamos de sus manos. Supongo que el comisario Gaupierre no va a perdonarme la jugarreta que le he hecho, pero no me quedaba otro remedio. El comisario Gaupierre, a este lado de la frontera, no tiene ningún poder y yo intuyo que el cogollo de este asunto está todo en la Petite République.

—No sé nada, nada.

—No te preocupes, recobrarás la memoria, sólo tienes amnesia temporal, te recuperarás. —Miró a Ricky y a Juanito; tanto el japonés

como el puertorriqueño comprendieron sin necesidad de palabras y ambos abandonaron el apartamento, dejándolos solos.

—Fiorella, no te voy a hacer ningún daño, sólo te pido que confíes en mí.

Ella miró los ojos del hombre, intensamente verdes, y le dijo, con una media sonrisa:

—No soy ninguna muchacha ingenua. Tengo los ojos abiertos al mundo y no es fácil que me asuste; sin embargo, tus pupilas...

—¿Mis pupilas?

—Sí, las temo.

—¿Por qué?

—Porque me atraen. He pasado algún tiempo gritando las reivindicaciones de la mujer, he sido feminista a ultranza y tus ojos me dicen que como me deje subyugar, acabaré siendo tu esclava y no quiero ser esclava de nadie. Me atraes demasiado, Savage. Tus ojos irradian una energía que me produce escalofríos de placer. Por eso te temo, porque sé que corro el riesgo de que me anules.

—No pretendo esclavizarte, tampoco podría, pero no es eso lo que pretendo. Si te amo o me amas, todo será pasajero por muy intenso que sea ese amor, cuando nos unamos. Yo necesito ser libre porque tengo unas metas que cumplir. Ya ves que te lo digo de antemano, no voy a engañarte en absoluto, por eso tampoco te voy a pedir nada. Si algo me das, yo te daré; si algo te ofrezco yo, tú me darás. Luego, cuando los éxtasis del placer queden atrás, yo nada te pediré ni tú me pedirás porque vivirás tu vida y yo la mía, que la tengo comprometida.

—¿Con quién?

—Con la lucha contra la corrupción, el crimen y la explotación del hombre por el hombre, en todo el mundo. Sé que en pocas palabras no puedo explicar lo que hago, pero hay un buen grupo de muchachos y muchachas que confían en mí y no puedo defraudarles porque ellos me sucederán y espero que me emularán en la lucha por un mundo mejor y más justo.

—De acuerdo, Savage, nada te voy a pedir.

—Partamos de la base de que somos libres. Ahora, no te voy a engañar, quiero saber lo que os ocurrió en la carretera.

—Lo siento, pero como no lo recuerdo, no puedo explicártelo.

—Tengo un sistema.

—¿Cuál?

—Si me das tu permiso, te voy a hipnotizar y de tu subconsciente sacaré lo sucedido.

—¿Hipnotizándome?

—Si no me ofreces resistencia y confías en mí, sí.

—¿No puede ser peligroso eso? —preguntó ella, un tanto

suspicaz.

—No, cuando se hace con honestidad.

—La verdad es que, pese a no conocerte aún, me pareces un hombre honesto.

¿Has estudiado Medicina?

—Sólo la oriental, pero si te refieres a si tengo algún título occidental te diré que no. Si no te gusta, lo dejamos correr; sólo deseo saber lo sucedido.

—Y cuando despierte, ¿lo recordaré yo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no es ésa la forma de neutralizar la amnesia. Yo conoceré lo ocurrido y tú irás recordando poco a poco o, simplemente, en un momento dado, ante un estímulo físico o psíquico, puedes recordarlo todo de golpe; claro que yo puedo contarte, después, lo que averigüe.

—¿Todo?

—Todo, palabra.

—Entonces, adelante, será una experiencia fascinante. Me voy a dejar hipnotizar por un desconocido estando ambos solos en un apartamento, no sé si estoy loca pero confío en ti, me pongo en tus manos.

—Entonces, mírame fijamente a los ojos y relájate. Tus mejillas, tus manos, tus piernas, tus pies; relájate completamente y no pienses, no pienses porque te sientes muy bien. Estás cómoda y tu cuerpo cada vez pesa menos, menos porque nada está tenso, nada se agarrota. Sientes que tu respiración se hace profunda y llena todo tu cuerpo, tus pulmones, tu abdomen, tu vientre... Deja caer los brazos y sigue mirándome. Respira, respira, respira...

Y comenzó a pasar sus dedos, casi magnéticos, por delante de las pupilas de la muchacha que comenzó a sentir sueño, mucho sueño.

CAPÍTULO III

Cuando Sandra despertó, tenía una gran sensación de mareo. Sentía náuseas y se hallaba desconcertada. No sabía por qué se balanceaba. Abrió los ojos y divisó una gran oscuridad aterciopelada, plagada de puntitos brillantes. Era de noche y, sobre ella, no había más que el cielo.

—¿Habré chocado? —se preguntó, con la angustia lógica del piloto de carreras que siempre está arriesgando su vida en las competiciones y que sabe muy bien que gran parte de los accidentes sobrevienen de improviso, sin avisar, y que cuando se da cuenta de lo ocurrido es que ya está despertando de la anestesia en el hospital, si es que ha conseguido salvar la vida.

Quiso incorporarse y no lo consiguió. Entonces comprendió que tenía las manos atadas a la espalda y que, por la posición en que habían quedado sus brazos, se le habían dormido. No notaba ni que tuviera manos.

—¿Despierta ya? —preguntó sonriendo, irónico, el hombre que estaba frente a ella, un hombre al que apenas podía ver, pues sólo era una silueta, unos ojos brillantes y la punta de un cigarrillo encendido, un cigarrillo que estaba fumando.

—¿Quién es usted?

—¿Qué importa eso?

—Me encuentro mal...

—Eso se pasará —respondió, entre lacónico y sarcástico.

—Estoy atada, ¿verdad?

—Sí, tienes las manos atadas a la espalda para que no hagas ninguna tontería, pero no temas, estás atada con pañuelo de seda.

—No puedo moverme, no siento los brazos, están dormidos.

—Si te desato, ¿no cometerás ninguna tontería?

—¿Qué puedo hacer, dónde estoy?

—En una lancha neumática, no hay escapatoria. Si intentas escapar, sólo conseguirás ahogarte.

El desconocido arrojó la punta de cigarrillo al agua. Estiró sus manos hacia delante y Sandra pudo ver que, detrás del hombre que acababa de hablarle, había otro, sentado a popa junto a un motor fuera borda.

Aquel individuo cogió a Sandra por las axilas y la izó,

produciéndole un dolor que ella aguantó mordiéndose los labios. La volvió de espaldas y le quitó las ligaduras. Las manos y los brazos de Sandra quedaron colgando, sin que la joven lograra hacerse dueña de ellos. Se había cortado la circulación sanguínea.

—¡No puedo moverlas; son unos bestias!

El tipo se rió. Le cogió las manos y empujó a Sandra hacia el borde del lanchón neumático. Le pasó los brazos por encima de la lona cauchutada y se las sumergió en el agua.

—Estate un poco así y verás cómo te recuperas. El agua es buena para restablecer la circulación.

Sandra comenzó a notar la frialdad del agua; después, un fuerte hormigueo que le pareció inaguantable. Al fin, poco a poco, se recuperó moviendo sus dedos debajo del agua.

—Es la hora —gruñó el otro tipo que estaba junto al motor fuera borda.

El que desatara a Sandra miró su reloj fosforescente y asintió con la cabeza. Sacó un cigarrillo, lo encendió y, después, dejándolo entre sus labios, elevó en el pequeño mástil del lanchón neumático una potente linterna que emitía luz con intermitencia.

—Esperemos que nos encuentren —gruñó el que permanecía junto al motor. Sandra, sin entender nada, miró en derredor y sólo vio oscuridad y reflejos del agua que reverberaron la luna y las estrellas que fulguraban levemente en el firmamento. Hasta le pareció ver brillos en el fondo de las aguas, brillos que, posiblemente, emitían seres marinos con fosforescencias.

—Me habéis raptado, ¿verdad? —interrogó, tratando de demostrar que no tenía miedo cuando sí lo tenía y era casi visceral.

Le producía una intensa sensación de vacío en el estómago y un dolor en la glotis.

Acababa de recordar lo que le había ocurrido en la pista forestal mientras participaba en el rally de la Petite République.

—¿Tú qué crees?

Sandra volvió a observar en derredor. Todo era agua y cielo, no había señal de costa por ninguna parte. Ignoraba dónde estaban, sólo sabía que se hallaba en un lanchón en mitad del mar.

—¿Por qué me habéis raptado?

—¿Para qué se rapta a las chicas bonitas como tú? —preguntó el hombre riéndose abiertamente, con la certeza de que nadie extraño iba a oírles.

El otro individuo que controlaba el motor, y que ahora permanecía silencio, rió en “je ” y añadió:

—Primero, se viola a la chica y luego se pide un rescate a la familia.

—No le hagas caso; se divierte asustando a las chicas guapas.

—Por mí, por mí —vaciló Sandra—, apenas les darán nada, no valía la pena raptarme.

—Sabemos bien quién eres.

—¡Eh, Bob! ¿no oyes un rumor? —preguntó el del motor.

—Sí, debe ser la lancha que viene hacia acá.

Sandra hubiera deseado lanzarse al agua y empezar a nadar, pero iba vestida con un mono con refuerzos de piel y botines en sus pies. El casco protegía su cabeza; no tenía muchas posibilidades de nadar. Por otra parte, ellos, con el lanchón, la atraparían en seguida. No tenía escapatoria, debía resignarse y eso la sublevaba. Pero, por más vueltas que le diera, no tenía ninguna posibilidad de escapar nadando; sólo tenía posibilidades de morir y ella amaba la vida, se agarraría a ella con uñas y dientes si hacía falta.

El ruido del motor que se acercaba se hizo más intenso. De pronto, se encendió un potente foco que barrió las aguas. Sandra ansió que fuera un guardacostas policial, pero lo que dijo el que parecía llamarse Bob la desanimó.

—Acaban de hacer la señal, son ellos.

El foco les encontró y quedó inmóvil centrado en ellos, cegándoles, impidiéndoles ver lo que había detrás y alrededor de la potente luz. Al fin, la embarcación se detuvo, produciendo un pequeño oleaje que bastó para mecer más fuerte el lanchón neumático.

—Eh, ¿todo bien? —preguntaron desde la embarcación recién llegada.

—¡Sí, todo bien, pero apartad esa mierda de foco, no me deja ver! —gritó el tal Bob.

Apagaron la luz del foco y una barra de gancho atrapó al lanchón por la cuerda que lo rodeaba, atrayéndole hacia el casco de aquella lancha rápida.

—¡Ahora, arriba, encanto, arriba!

Metiéndole la mano entre las nalgas, la empujaron hacia lo alto. Sandra se zafó en seguida que pudo.

En la lancha había tres hombres más, dos de ellos asiáticos, sin duda alguna.

—¡Tú, ven abajo! —le ordenó el que comandaba la lancha.

—¿Adónde? —preguntó Sandra. La respuesta fue un empujón.

La encerraron en un cuartito en el que apenas cabía una litera de cuatro palmos. Tenía un pequeño ojo de buey. La lancha se puso en marcha, llevando tras de sí el lanchón neumático.

Sandra se quitó el casco y sacudió su cabeza haciendo que su cabellera pelirroja se desparramara sobre sus hombros, esponjándose. Notó que toda la cabeza le escocía. Se tendió en la litera y pensó en Fiorella, su amiga y copiloto. Recordó lo ocurrido, y también que habían dicho que estaba muerta.

Unas lágrimas inundaron sus ojos mientras la lancha de potente motor surcaba las aguas en mitad de la noche, dejando tras de sí una estela que nadie iba a descubrir.

Tendida en la litera, buscó en su mente unas razones que justificaran la situación en que se hallaba; no las encontró y la cabeza comenzó a dolerle. Sólo sabía que había sido raptada por unos desconocidos que habían asesinado a Fiorella y que ahora se hallaba a bordo de una embarcación; en alta mar, sin saber hacia dónde la llevaban.

La lancha aminoró la velocidad; se notaba por la variación del temblequeo del motor. Sandra se acercó al pequeño ojo de buey y no vio nada. Debía hallarse encarada con el lado opuesto al lugar adonde habían arribado y deseaba que fuera tierra firme.

Se abrió la puertecita bruscamente.

—¡Hola, encanto! ¿Has descansado?

—¿Dónde estoy?

—bate la vuelta, voy a atarte las manos.

—¿Por qué?

—¿Porque me sale de las narices.

—Pues no voy a...

El tal Bob le propinó dos sonoras bofetadas que le sacudieron la cabeza.

Sandra, furiosa, quiso abalanzarse sobre el hombre, pero recibió un puñetazo en el estómago, por debajo de sus hermosos pechos, y quedó con la boca abierta, sin poder respirar.

—Es mejor que te convenzas de que debes obedecer. Sumisa, recibirás menos leña.

La empujó, medio volcándola sobre la litera. Le colocó las manos a la espalda y le sujetó las muñecas con el pañuelo de seda.

Sacó otro pañuelo, esta vez un foulard, y le cubrió los ojos.

La sacaron tirando de su brazo, sin importarles que se golpeara contra cantos y salientes. Sandra aspiró fuerte por las ventanillas de su nariz. Estaba ya en cubierta. La empujaron hacia una escalerilla y le ordenaron:

—¡Sube!

La joven vaciló. No era fácil moverse con las manos atadas a la espalda y los ojos tapados.

Tuvo la impresión de caminar por un barco grande. Se oía música, mas no pudo detenerse para saber de dónde procedía.

—¡Socorro! —gritó, de pronto, con la esperanza de que alguien pudiera oírla.

Le dieron un puñetazo en los riñones haciéndola caer hasta doblar sus rodillas contra el suelo, mientras exhalaba un débil quejido.

Sandra recuperó la vertical, aturdida. Ya estaba recibiendo

demasiados golpes por parte de aquel sujeto despiadado, con aires de matón mafioso. Le hicieron bajar por otras escalerillas que resultaron interminables y la empujaron hacia el interior de una estancia que olía muy mal; más bien podía decirse que hedía.

—Quédate aquí quietecita hasta que volvamos a buscarte. Sé buena chica, te conviene.

Cerraron una puerta metálica y Sandra tuvo mucho miedo. Avanzó, vacilante, a un lado y a otro y tropezó. Se quejó; sabía ya que gritar no la iba a salvar.

Se hallaba en el interior de un barco grande, ya no le cabía duda alguna. Súbitamente, tropezó con algo que le pareció blando y frío y retrocedió instintivamente. Intentó averiguar lo que era mirando a través del foulard que cubría sus ojos, pero no vio nada, absolutamente nada.

Llegó junto a unos hierros y ajustó sus manos contra el canto de uno de ellos. Entre quejidos, fue frotando, incansable.

Cuando se deshizo de las ligaduras, lanzó un gemido mitad de miedo mitad de alivio. Rápidamente, se quitó la venda que cubría sus ojos y tuvo la desagradable sorpresa de continuar en la oscuridad.

Se frotó los ojos, asustada, y se convenció de que lo que ocurría era que estaba en un lugar cerrado donde no había luz, ni siquiera la que podía entrar a través de un ojo de buey.

Ignoraba cómo encender una luz y dándose cuenta de que llevaba la ropa de viaje, aquella chaqueta de recia tela tejana con refuerzos de cuero y que al igual que los pantalones estaba provista de buenos bolsillos, buscó el mechero cilíndrico que tenía buena carga de gas.

Lo encendió, rasgando las tinieblas y comprobando que se hallaba en una especie de carbonera. Y, ante ella, descubrió algo que la hizo gritar de horror.

Del techo, colgada de las manos, pendía una mujer que parecía joven y hermosa. Sus pies desaparecían dentro de una caja rectangular de madera, de un palmo de profundidad.

La chica estaba totalmente desnuda y su cabeza caía sobre sus pechos, quedando el rostro oculto por los cabellos.

Pasados los primeros instantes de pánico y estupor, Sandra se atrevió a acercarse, alumbrada por la llamita del mechero.

La mujer tenía la espalda desollada, la habían flagelado salvajemente y su cuerpo se hallaba manchado de la sangre que había escapado por los surcos dejados por los espantosos latigazos que dejaban entrever los huesos de la espalda, costillas y espinazo.

Acercó sus dedos, con cuidado, y notó que estaba fría. La muchacha había muerto; no quiso ver su rostro y estalló en un sollozo mientras apagaba el mechero.

¿Qué significaba aquello, por qué asesinar de forma tan brutal? ¿Qué hacía ella, allí, en la carbonera de un barco ignorado? Muchas preguntas para las que no tenía respuesta cuando se abrió la puerta y, casi al mismo tiempo, se encendieron varias luces.

—¿Qué significa esto? ¿No os he dicho que la atarais y le cubrierais los ojos? — mascullló un hombre bajo, cuellicorto, fornido y ancho de espaldas. Tenía un cigarrillo a medio consumir entre sus labios, largos pero muy delgados.

Bob se disculpó.

—La he atado y cegado, no entiendo como se ha desatado.

—¡Asesinos, asesinos! —gritó Sandra.

—Bob, no quiero que cometa más tonterías.

—Correcto.

El tal Bob y un oriental se acercaron a Sandra que retrocedió medio tropezando.

—¡No me cogeréis!

La muchacha asió un hierro entre sus manos, amenazadoramente.

—¡Vamos, estúpidos! —apremió el sujeto del cigarro, que tenía un ligero acento italiano.

—Déjame a mí —pidió el oriental.

Sandra no sabía discernir si aquel individuo era japonés, chino, coreano o tailandés; sólo sabía que tenía los ojos oblicuos y la piel de color oliváceo.

El oriental levantó sus manos e hizo unos pases por delante de Sandra. Esta descargó el hierro contra él, pero sólo golpeó el aire mientras el asiático le aplicaba un haito uchi en la unión del cuello con el hombro que dejó a la joven con la boca abierta y la cabeza torcida. Sus rodillas flaquearon, y estuvo a punto de caer al suelo.

El oriental no se conformó con el golpe de Karate sino que la cogió por la muñeca halando de ella. Aplicó su mano sobre el dorso de la mujer y la dobló hacia dentro. Sandra tuvo la impresión de que le clavaban mil alfileres y de que su muñeca se iba a partir. Cedió, dejándose llevar por aquel experto en las Artes Marciales Orientales.

—Bueno, bambino., ya habrás visto que, con nosotros, no se puede jugar —rezongó el individuo que parecía el jefe—. Lamento mucho que hayas visto lo de la otra bambina, pero... ¡qué le vamos a hacer! Las cosas son así y así hay que tomarlas. No temas, si te portas bien ¡no te pasará lo que a ella.

—¿Qué le han hecho, canallas? —inquirió, pese al dolor que la atenazaba a causa de la presa de Judo.

—Le hemos puesto zapatos.

—¿Zapatos?

—Sí. Se meten los pies dentro de una caja que resista un poco;

luego se rellena la caja de cemento y se espera a que fragüe. Bob..

—Sí, jefe.

—¿Está duro el cemento?

Bob se acercó a los pies de la chica muerta y apretó el cemento con los dedos.

—Sí, jefe.

—Pues, terminemos de una vez. Si ya tiene los zapatos puestos, no es preciso que siga aquí. ¡Vamos, imbéciles, vamos!

Entre dos, abrieron la puerta de la carbonera que daba al casco. Por ella cargaban al llegar a los puertos y debía de quedar a nivel de muelles, si el barco no iba excesivamente cargado y la línea de flotación descendía bajo la superficie del agua.

Sandra vio como descolgaban a la chica. Cogiéndola por los brazos, la arrastraron hasta la puerta. El agua estaba muy cerca, se podía oír su lamido en el casco.

La caja no se desprendió de los pies del cadáver que quedaban sólidamente atrapados en el cemento, que formaba un pesado bloque.

—¡Abajo!

Lanzaron a la desgraciada al mar y Sandra volvió la cabeza, angustiada, mas nada podía hacer.

El cadáver se fue rápidamente al fondo, que el lastre no tardaría en tocar, impidiendo que el cuerpo, aunque se hinchara por los gases de la descomposición, flotara, yéndose hacia la superficie.

—¡Asesinos!

—Sandra Borj, bambino, querida, tengo grandes proyectos para ti. Tú no sabes bien qué es este barco, tú no lo sabes, y es mejor que por ahora no lo sepas.

—¿Por qué me han secuestrado, por qué? ¡No sacarán ni un franco de mí!

—¿Tú sabes lo que es una vendetta, bambina? ¿No has oído hablar nunca de vendette?

—¿Es usted un mafioso siciliano?

—¿Yo mafioso? —se rió. Tenía buenos dientes, era un tipo que se cuidaba en sus vicios—. Mejor te lo cuento en otra ocasión.

—¡Quiero saberlo! —insistió.

—Bien, bien, bambina. Me llamo Lombardetti y tu hermano tiene una cuenta pendiente conmigo y eso es malo, muy malo.

—¿Mí hermano Maurice?

—Bene, bene —asintió.

—Maurice no puede tener negocios con usted —puntualizó muy digna.

—No, no tiene negocios conmigo, claro que no, bambina, es sólo uno de mis clientes, eso es todo y por hoy, basta. Quería verte, soy escrupuloso, molto scrupoloso. Tú eres una bambina muy bonita.

Te llevarán a un camarote y te quitarás la ropa. Es ropa de hombre y una bambina no debe vestir como un uomo.

—¿Desnudarme? ¡No, nunca!

—Bambina, bambina —repitió dándole palmaditas en la mejilla con un cínico aire paternal, pues la última de las bofetadas sonó seca y contundente, de tal forma, que le hizo comprender a Sandra que no tenía escapatoria.

La sacaron de la carbonera, obligándola a caminar por muchos corredores y haciéndole subir escalerillas. No se cruzaron con nadie y, al fin, abrieron una puerta. Encendieron la luz y la introdujeron en la estancia.

Sandra dio una ojeada a la habitación, no podía decirse que estuviera mal. Tenía una buena cama y servicios, pero no ojo de buey. La ventilación era a base de inyección y extracción de aire por aberturas en la pared y el techo.

Apareció entonces una mujer tailandesa; para Sandra era simplemente oriental.

Era alta y resultaba difícil calcularle la edad, aunque otro tailandés habría dicho de inmediato que tenía por encima de los treinta años. Pero, se conservaba muy bien; mucho mejor que algunas veinteañeras de occidente.

—Encárgate de ella —le dijo Lombardetti.

—Bien. —Cerró la puerta y exigió—: Desnúdate y dúchate.

—No haré nada, me niego a obedeceros. Vendrá la policía y os encerrará a todos.

—¿La policía? —sonrió, despreciativa, la tailandesa—. Aquí no puede venir la policía,

—¿Por qué? —inquirió, intrigada.

—Porque estamos fuera de aguas jurisdiccionales.

—Pues vendrá la policía del país al que pertenezca el barco.

—¡Oh! Este barco pertenece a varios países. El jefe Lombardetti pone la bandera que le conviene y cuando le da la gana. Ha matriculado el barco en distintas naciones y sólo tiene que cambiar un poco su nombre, lo que hace un marinero durante la noche y así ya deja de ser el mismo barco. Además, este barco es intocable, de modo que te conviene obedecer.

—No lo haré.

—Me obligarás a emplearme con dureza.

—Tú eres una mujer como yo, no te temo.

—Está bien.

Se le acercó. Sandra intentó golpearla, pero sus golpes murieron en el aire o en los antebrazos de la tailandesa que empleando un Jodan-Uke[2] se liberó de encajar ni uno solo de los impactos. Por otra, Sandra Borj recibió una tegatana en el abdomen que la hizo

encogerse hacia delante. La mano espada penetró con terrible facilidad; Sandra no estaba preparada para la lucha y ahora sufría las consecuencias de su falta de adiestramiento.

Dos atemis más, aplicados en los costados y Sandra cayó sobre la cama mordiendo la ropa de rabia y dolor, pues ya todo le dolía. Desde que despertara en el lanchón neumático, no hacía más que recibir golpes y bofetadas.

La tailandesa abrió el cajón de la mesita de noche y de ella sacó un estuche. Dentro había una jeringuilla ya montada; era de las que se utilizan y luego se desechan.

Sandra la miró de reojo e intentó escapar, pero la oriental le sujetó el brazo a la espalda con una presa de Judo. Le impidió moverse y, a través de la ropa, le inyectó la droga.

Fue inútil tratar de resistirse; Sandra estaba vencida y el narcótico se deslizó por sus venas en busca de su cerebro. Se dejó llevar por una fuerte laxitud, su respiración se hizo más profunda y comenzó a sentir calor, mucho calor...

CAPÍTULO IV

Fiorella se había relajado con un largo baño con agua caliente. Savage se había encargado de disolver en la bañera sales y un pulverizado de distintas plantas que la muchacha desconocía.

El amplio y marmóreo cuarto de baño, entre otras cosas, olía agradablemente a hiedra.

M P. Savage había bajado la presión sanguínea de Fiorella con aquel reconfortante baño que tranquilizó a la bella y dinámica muchacha.

Después del baño, Fiorella se secó con una gran toalla y se metió en la cama sin ropa alguna que aprisionara su esbelto cuerpo de sedosa piel, provista de un ligerísimo vello dorado que, en vez de afearla, aterciopelaba su contacto.

En el saloncito, Moses Pacific Savage, practicaba meditación trascendental en la postura Padmasana, con los pies cruzados, sentado en el suelo y con las manos caídas, relajadas y los ojos casi cerrados; sin embargo, había una ligera línea que semejaba vigilar.

Su mente se vaciaba y conseguía trasladarse a otra dimensión, M. P. Savage no era un ortodoxo de ninguna de las técnicas orientales, por ello se permitía el lujo, pese a las protestas de sus maestros, de mezclar el Yoga y el Zen, el Tao y otras técnicas diversas aprendidas en los monasterios escarpados y casi inaccesibles del Tíbet.

Sonó el discreto timbre de chicharra del teléfono que estaba sobre la mesita de centro, al alcance de Savage, el cual sólo tuvo que alargar su mano para descolgarlo.

—¿Diga?

—¿Monsieur Savage?

—Sí.

—Monsieur Maurice Borja desea verle; va acompañado de otro caballero.

—Dígales que suban.

—Sí, monsieur. —Y se cortó la comunicación.

M. P. Savage se vistió con una bata de color morado violeta en cuya espalda tenía bordada una flor de pensamiento en dorado y cerró la puerta del cuarto donde dormía Fiorella. Sonó el timbre de la puerta y se acercó a ella, para abrirla.

—¿Savage? —inquirió un hombre alto, de cabellos rubio-grisáceos y mirada fría; una mirada especial, que apenas podía ocultar los impulsos que atormentaban a aquel hombre de buen aspecto.

—Yo mismo —dijo. Miró al otro hombre que llevaba gafas muy oscuras y le saludó—: ¡Hola comisario Gaupierre...! ¿Qué le trae por acá?

—Estoy de turista —respondió sarcástico.

—Eso imagino. No creo que las autoridades de la Petite République permitan intromisiones policiales extranjeras en su país.

M. P. Savage cerró la puerta. El comisario Gaupierre se centró en la estancia, se volvió, y mirando a Savage dijo en tono de amenaza:

—Cuando vuelva a pasar por Francia, creo que deberá explicarme la forma en que se llevó a Fiorella, que estaba bajo la custodia de la ley francesa.

—¿Custodia? No sé de qué me habla. Le pregunté a Fiorella si quería venir conmigo, dijo que sí y como su pasaporte estaba en regla, se vino a la Petite République. ¿Tenía usted alguna orden judicial que impidiera a Fiorelia salir de Francia?

—No, pero... —gruñó el comisario.

—Basta de discusiones —cortó Maurice Borj que era un hombre dinámico, un hombre de empresa, un auténtico tiburón de los negocios.

—Yo no lo sé. ¿Acaso sí lo sabe el comisario Gaupierre?

—No sea usted cínico, Savage —masculló el comisario—, Usted se llevó a la única testigo de lo ocurrido.

—Yo no me la llevé, ella se vino conmigo —puntualizó Savage —. Si Fiorella desea marcharse, es libre de hacerlo.

—Pues, podría acompañarme a mí, a Francia, como turista —dijo, muy irónico, el comisario.

—Quiero hablar con Fiorella —exigió Maurice Borj.

—Ahora no puede ser, está descansando —le cortó Savage sin elevar los tonos de su voz.

—Tonterías; tiene que explicarme muchas cosas.

Maurice Borj se dirigió hacia la puerta cerrada, muy decidido Savage, en tres rápidas y largas zancadas, se interpuso entre la puerta y aquel hombre dinámico y exigente que no hubiera hecho mal papel vistiendo un uniforme de las SS, en la Segunda Guerra Mundial.

—Apártese, voy a hablar con ella.

Maurice Borj extendió su mano y trató de empujar a Savage. Este puso su palma por debajo de la muñeca de Maurice Borj y lo acompañó en su impulso como si estuviera practicando Aikido.

Borj, movido por su propia fuerza pero, hábilmente desviada por

Savage, cayó al suelo en forma casi brutal y grotesca. No sabía caer como sí sabían hacerlo todos los budokas

Maurice Borj se revolvió, y el comisario Gaupierre le contuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Cuidado, Savage es muy conocido como experto en las Artes Marciales

Orientales. Ya sabe, Karate, Judo y todo eso.

Maurice Borj aspiró aire por su nariz hasta llenar sus pulmones al máximo; luego se puso en pie.

—Ya arreglaremos esto en otra ocasión —masculló.

—Cuando usted lo desee, pero yo trataría de ser más amable. No soy su enemigo, simplemente Fiorella está descansando y no deseo que sea molestada. Sufrió unos duros golpes y debe reponerse. ¿No es así, comisario Gaupierre?

—Sí, sí lo es, pero yo tenía entendido que se iba a reponer en el hospital francés donde estaba internada.

—Allí se hubiera puesto peor.

—Muy sarcástico, monsieur Savage, muy sarcástico.

Savage estiró su mano y le quitó las gafas al comisario. Apareció un ojo tumefacto que había estado ocultando tras el oscuro cristal de las gafas.

—¿Qué le ha ocurrido, comisario? ¿No le han tratado bien en el hospital?

—¡Devuélvame mis gafas! —exigió, enrojeciendo.

—Oí decir que en ese hospital, donde no hay discriminaciones de sexo, las enfermeras tienen un jefe masculino y no una enfermera-jefe mujer. ¿Tiene eso algo que ver con su ojo tumefacto?

—Es usted muy gracioso, monsieur Savage y no sé por qué, pero creo que se está burlando de mí.

—Ahora, si deja de hacerse el listo, dígame qué sabe de mi hermana.

—Es listo se lo ha hecho usted entrando aquí, avasallando. Le contestaré que no sé dónde puede encontrarse su hermana.

—El comisario Gaupierre me comunicó que habían encontrado el "Lamborghini " de mi hermana en una pista forestal, y que estaba su copiloto. Si Sandra no ha aparecido por parte alguna, es que la han raptado.

—¿Raptado, quién ha pronunciado esa palabra, acaso el comisario?

—Si no estaba allí —añadió el comisario—, es que la raptaron.

—O se marchó ella a través del campo. ¿La han buscado con perros?

—Han rastreado la zona exhaustivamente, sin encontrar nada.

—¿A usted le ha notificado alguien que su hermana ha sido

raptada? —preguntó Savage a Maurice Borj.

—Me lo ha dicho el comisario.

—El comisario tiene jurisdicción en Francia, no aquí.

Si creen en el rapto, díganselo a las autoridades de la Petite République, claro que crearán un escándalo mayúsculo. Para los controladores de la carrera, el “Lamborghini ” de Sandra Borj, simplemente, no llegó a los puestos de control.

—Comisario, usted me dijo que este hombre tenía que saber dónde estaba mi hermana —inquirió Maurice Borj, en tono acusativo.

—¿Yo? La verdad es que se llevó a la copiloto y, ¿por qué lo hizo?

—Para que no viera como le ponían un ojo tumefacto, en el hospital. ¿O es que se ha dado un golpe contra una puerta?

—Ustedes van con muchas sutilezas, pero yo quiero saber dónde está mi hermana.

—¿La quiere usted mucho? —le preguntó Savage.

—Sí. Nuestros padres murieron, hace años, y yo la cuidé. Soy quince años mayor que ella, es mi hermana, pero es casi una hija para mí. Es mayor de edad, no le falta nada y vive libremente, pero yo, en cierto modo, me siento responsable de ella, por eso quiero conocer lo sucedido.

—Borj, los hechos han ocurrido en Francia. El comisario Gaupierre tiene su jurisdicción allá y si sus jefes se enteran de que está aquí haciendo de sabueso, lo que puede provocar un incidente internacional, es posible que lo rebajen de empleo.

El comisario Gaupierre carraspeó. Miró a Maurice Borj y dijo:

—Yo ya le he traído a donde quería y debo regresar a Francia, tengo asuntos urgentes que atender. Si tiene noticia de que su hermana ha sido realmente raptada, no olvide que ese rapto ha tenido lugar en Francia y cae bajo mi jurisdicción.

El comisario, viendo que su situación estaba en falso, prefirió marcharse. Lo cierto es que no podía hablar de rapto, no tenía prueba alguna y corría el riesgo de quedar en el mayor de los ridículos.

Ya solos, Maurice Borj cogió una botella de whisky, sin pedir permiso, y escanció licor en un vaso. Bebió un trago largo y luego se encaró con M. P. Savage.

—Yo soy un hombre, digamos económicamente bastante fuerte.

—Mejor diga rico o millonario.

—Ser millonario es muy ambiguo; no es lo mismo ser millonario en liras que en libras, y hasta la palabra se parece.

—No se ande con rodeos, Borj, los dos sabemos que su hermana podía ser raptada para pedirle un rescate. Es algo que, desgraciadamente, se hace bastante hoy en día.

—Mi propia hermana también es rica. Al llegar a la mayoría de

edad entró en posesión de sus acciones en varias de las compañías que yo controlo. A Sandra no le falta plata, por eso tiene buenos coches y puede participar en pruebas deportivas.

—En pocas palabras, que no vive más que para gastar el dinero que los empleados y obreros de las compañías ganan.

—Oiga, habla usted de una forma ofensiva.

—Si ser ofensivo es hablar con claridad... ¿Cómo gana su hermana todo ese dinero que gasta a todo tren?

—Es dinero de sus acciones.

—Acciones que no ha ganado con su esfuerzo.

—Las ha heredado y no me venga ahora con las teorías marxistas sobre la anulación de las herencias económicas.

—Las herencias son justas siempre que tengan unos límites, pero no puede gustarme que alguien dilapide el dinero sin haber hecho nada para ganarlo.

—Nadie ha pedido su opinión. Yo sólo quiero saber dónde está Sandra.

—Bébase otro trago de whisky.

—¿Por qué?

—Porque su hermana fue raptada.

—De modo que sí fue raptada y usted lo ha negado ante el comisario... Maurice Borj se molestó mucho ante aquella declaración.

—Han sido muy profesionales sus raptores y si lo que quieren es dinero, no tardarán en comunicarse con usted. Entonces, usted mismo será quien pueda comunicarse con la policía, yo no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque lo he averiguado de una forma un poco especial y, en conciencia, no puedo ir a la policía.

—¿Acaso es secreto de confesión? —preguntó, entre amargado y burlón, bebiéndose el segundo trago de whisky, pero éste más largo que el anterior.

—Borj, me gustaría colaborar en el rescate de su hermana.

—¿Por qué, qué piensa ganar?

—Un buen reportaje.

—No quiero reportajes.

—Está usted muy nervioso, Borj.

—Lógico, ¿no? Acaba de comunicarme que han raptado a mi hermana.

—Sí, es para ponerse nervioso, lo admito, pero tengo la impresión de que usted sabe algo.

—¿Yo, qué voy a saber? —preguntó, casi ocultando el rostro tras el vaso que sostenía en su zurda.

—Si usted es millonario, si maneja varias compañías, si hace negocios internacionales, es posible que tenga enemigos.

—Todos los que manejan dinero o poder, que viene a ser lo mismo, tienen enemigos. ¿Supone que se trata de alguna banda de política radical?

—Yo no creo nada, pero usted sí intuye quién puede ser. Creo, Borj, que si tiene trapos sucios es preferible que los airee, y por ahí podría encontrarse a su hermana. Molesto, Borj dejó el vaso en la mesita y casi gritó:

—¡Váyase al diablo, Savage! ¡Le denunciaré a las autoridades de la Petite

République por el rapto de Fiorella!

—Hágalo. Ella es mayor de edad, tiene su documentación en regla y si viene la policía, ella misma podrá abrirles la puerta.

—Si piensa que va a hacer uno de sus escandalosos reportajes para la Prensa amarilla a costa de mi nombre y ensuciando el buen nombre de mi hermana, no se lo permitiré, ¿lo entiende? ¡No se lo permitiré, lo aplastaré como a un gusano antes de que lo consiga!

—No pierda energías peleando conmigo, deberá reservarlas para los raptores de

Sandra. Sería muy desagradable para usted que supiera quiénes son y no actuara denunciándolos a la policía.

Maurice despidió furia por sus ojos. Dio media vuelta y sin decir una palabra más, abandonó el apartamento dando un sonoro portazo.

Se abrió la puerta de la habitación y apareció Fiorella, Se había cubierto con una camisa de Savage que había encontrado en un armario, y sus piernas salían por debajo de los faldones, largas, esbeltas y bien torneadas.

Como la joven no se había preocupado de abrochar excesivamente los botones, se podía admirar parte de sus senos El cabello, recién lavado, caía esponjoso, limpio y sin peinar.

—¿Me buscaban a mí? —preguntó.

—Sí.

—¿Y por qué no les has dejado verme?

—No quería que te molestasen; ellos no iban a ayudarte en nada. El comisario Gaupierre está molesto porque te he sacado de sus garras, quizá le he privado de la posibilidad de tener un éxito profesional que posiblemente sea lo único que busca. Ahora tendrá más problemas para seguir adelante la investigación.

—¿Y el otro hombre?

—Era Maurice Borj, el hermano de Sandra.

—¿Sandra?—se llevó las manos a las sienes—, ¿Dónde está Sandra?

—¿Te acuerdas bien de quién es Sandra?

—Sí, mi amiga. Me dijo que participaríamos en el rally, que yo sería su copiloto.

Conozco bien su “Lamborghini , y Sandra confía en mí.

—Anda, ven al sofá y siéntate. Te preparé algo fresco y sin alcohol.

—Gracias, tengo sed. ¿Me das un cigarrillo?

—Lo siento, no fumo.

—¿Y no tienes cigarrillos?

—Si yo no quiero tabaco para mí, no voy a ser tan desconsiderado como para darlo a mis amigos, cuando opino que fumar es algo pernicioso a la larga,

—Comprendo. Desde ahora comenzaré a dejar de fumar.

—Si lo consigues, es un favor que te harás a ti misma y si algún día tienes hijos, ellos saldrán ganando.

—¿Por qué?

—Las mujeres embarazadas que fuman, tienen un número de abortos superior y sus hijos nacen con menos peso; en fin, eso son cosas que ya te las dirá, en su día, el ginecólogo, si es que quedas encinta. Ahora háblame de Sandra —le pidió, mientras le preparaba un bitter sin alcohol.

—Sandra es una excelente amiga, un poco alocada, eso sí, pero como no tiene problemas económicos...

—¿Algún play-boy iba tras ella, para sacarle la plata?

—No era fácil. Sandra es bonita, algunos se han acercado a ella, pero cuando han insinuado algo de dinero, los ha despedido. Ella, en confianza, siempre me ha dicho que ningún chulo, o lo que sea, se va a aprovechar de su dinero.

—Bien, pero ¿no te contó si había algo sucio en su vida?

—¿Sucio? No, claro que no. Ella se educó en un internado, bueno, ya sabes que allí ocurren cosas, algunas chicas intiman demasiado con compañeras, pero no creo que sea eso lo que andas buscando.

—No, exactamente. Eso son cosas que pasan en la juventud de muchos y muchas, en los internados, y que luego se olvidan. Y si no lo olvidan, pues, al psiquiatra. Yo busco un motivo que justifique el rapto.

—¿Rapto? —Fiorella volvió a apretar sus sienes—. Me duele la cabeza; tengo algo dentro que me da martillazos.

—Está bien, no te esfuerces.

En aquel momento sonó un largo pitido, apenas perceptible por un oído vulgar, pero aquel pitido era captado perfectamente por Moses Pacific Savage que tenía todos los sentidos agudizados.

Savage se acercó al televisor. Encima del mismo había un mechero de bolsillo.

Pulsó un resorte, apenas visible, al tiempo que estiraba de una especie de botoncito que resultó una antena telescópica.

—Día escucha.

—Noche llama —dijo una voz algo distorsionada, posiblemente por la distancia conque se emitía aquella señal de F. M.

—Te escucho, Noche.

—Chinches colocados. Microbio en el microscopio, no hay problemas.

—Sigue observando al microbio, pero déjalo que se sienta libre. Cuando haya noticias de contacto, llama.

—De acuerdo. Día, cambio y fuera.

Savage dejó el emisor-transmisor minúsculo sobre el televisor apagado y se volvió hacia Fiorella que había consumido la mitad de su bitter sin alcohol.

—¿Es Juanito Chancleta?

—Sí.

—¿Ricky está con él?

—Seguramente.

—¿Te aprecian mucho? —dijo, más que preguntó.

—Supongo que lo mismo que yo a ellos. —Se sentó junto a la muchacha y le cogió las manos—. Fiorella, te estarás preguntando por qué sigues conmigo, por qué confías en mí.

—Mi instinto de mujer me dice que puedo confiar en ti. Estoy confusa, necesito reencontrarme y me doy cuenta de que tú me ayudas.

—Sí, a ti y a Sandra, y si mi olfato no falla en esta ocasión, a otras muchas chicas.

—¿Chicas en peligro?

—Sí.

—¿Trata de blancas?

—No lo sé. Creo que hay algo más sucio aún, pero jamás nadie habla de ello, no hay pruebas de nada. Te diré la verdad, he venido a la Petite République para investigar algo de lo que sólo he tenido algún rumor. He seguido a los coches del rally para dar normalidad a mi presencia aquí, y ha ocurrido que tú has sido atacada y Sandra, raptada.

—¿De verdad?

—Sí, tú me lo contaste todo en estado hipnótico, tienes verdadera angustia por contarlo, sólo que ahora conscientemente, debido a un bloqueo psicológico por lo sucedido, no lo recuerdas.

—¿Y lo recordaré algún día?

—Seguro, pero no te preocupes, porque lo que pasó ya me lo has contado.

—Entonces, si han raptado a mi amiga...

—La rescataremos, no temas. Ahora, para airear tu mente, te propongo un paseo en canoa por el mar.

—¿Tienes una canoa?

—Aquí no, sólo la tengo rentada. No creas, ha sido difícil; hay muchas peticiones por parte de los que llenan las plazas hoteleras de este país, a consecuencia del rally de coches.

—Tú lo consigues todo, ¿verdad, Savage?

—Todo todo, no hay mortal que lo consiga, pero digamos que pongo voluntad, perseverancia y me ayudan muchos amigos. Si ayudas a una persona, no esperes que te devuelva el favor, pero si ayudas a todo el mundo que se ponga a tu alcance, alguno terminará por ayudarte a ti sin necesidad de pedírselo. Sólo se trata de ofrecer en la vida la actitud generosa de dar al prójimo y terminarás recibiendo, seguro.

—Unas bonitas palabras, que, a la gran mayoría, nos cuesta llevar a la práctica.

—Sí, en general, cuando la gente hace un favor, pretende recibir algo a cambio y de la forma más inmediata posible, aunque lo recibido sólo sea un agradecimiento servil y humillante que complace su ego.

—Eres muy profundo, Savage.

—Anda, vístete y vámonos, encontrarás tu ropa limpia. Una camarera se la ha llevado a la lavandería automática del hotel y la ha devuelto, mientras tú dormías.

—Espera —pidió ella, levantándose despacio.

—¿Qué?

—Quiero averiguar una cosa.

—¿Puedo saber de qué se trata?

Ella se le acercó con sus piernas largas y hermosas; se detuvo frente a él, alzó sus manos y con suavidad le cogió por las mejillas.

—Quiero saber si los besos y las caricias del hospital fueron algo fortuito o es que tú eres un hombre especial, muy especial.

—¿Por qué tengo que ser tan especial?

—Luego, luego te lo cuento.

Buscó los labios del hombre con los suyos y encontró su fuerza y su virilidad. Los de ella se tornaron pulposos, carnosos, como fruta en sazón que se humedece al serle arrancada la piel.

La punta de la lengua de Savage acarició los labios y la doble hilera de perfectos dientes se abrió, lentamente. La caricia bucal se hizo más profunda mientras las manos de Savage se posaban en la cintura femenina. Luego, alzando los faldones de la camisa, buscaron su espalda y las yemas de los dedos la fueron recorriendo. Notó que Fiorella se estremecía, que sus muslos de carne prieta se apoyaban contra los suyos buscando más y más contacto entre ambos.

La muchacha gimió, y su gemido sólo pudo oírlo Savage porque lo devoró, pasó de boca a boca y se metió en el cuerpo del hombre.

En aquellos momentos se convirtieron en un hombre y una mujer dueños de aquel mundo pequeño en espacio pero muy grande en esencia, pues ambos olvidaron que miles de millones de seres como ellos poblaban la Tierra, miles de millones que en momentos como aquél también se sentirían solos y dueños del planeta, porque si

el mundo se fundamenta en algo sobre lo que debía girar todo, ese algo era la unión entre hombre y mujer.

Sin esa unión, la vida, lánguidamente, se extinguiría y el ser humano desaparecería de la faz de la Tierra. Todo el orgullo, la filosofía, la ciencia y cuanto el hombre creía importante, no sería más que los residuos de unos seres desaparecidos. Pero, no habría posible extinción mientras un hombre y una mujer se entrelazaran, se besaran y se amaran hasta las últimas consecuencias.

CAPÍTULO V

A bordo de un taxi, llegaron a los muelles. Era por la tarde, todavía quedaban tres o cuatro horas de sol.

Savage y Fiorella deseaban realizar aquel paseo en lancha, por la bahía de la pequeña república a la que acudían gran número de yates de lujo.

El taxista enfiló hacia el muelle. Iba a dar un giro de noventa grados para proseguir su camino cuando, de pronto, apareció tras ellos, al máximo de velocidad que permitía el monstruo de acero, un bulldozer cuya pala estaba tan baja que se introdujo por debajo del parachoques posterior del taxi dándole un violento empujón, una sacudida que acusaron tanto el conductor como sus clientes.

—¡Bastardo! —rugió el taxista, en medio de la sacudida que lanzó su cabeza hacia atrás.

El empujón fue tremendo. El taxi, pese a ser un modelo grande y lujoso, de fabricación alemana, nada podía hacer.

Savage, reponiéndose, comprendió que aquello no era un accidente fortuito. El bulldozer les había embestido malignamente. Volvió la cabeza y a través del cristal posterior descubrió el rostro de un oriental que utilizaba bigote y que parecía satisfecho de su trabajo al tiempo que saltaba del bulldozer para salvarse, dejando que la gran máquina lanzara el coche al agua del muelle y cayendo, ella también, para acabar de hundir el taxi.

—¡Abrid las puertas! —gritó Savage, mientras caían al mar.

El morro del “Mercedez-Benz ” dio contra la superficie quieta y casi oleosa del agua del muelle, y la caída del bulldozer, detrás empujó al coche poniéndolo casi vertical y hundiéndolo vertiginosamente.

Fiorella consiguió abrir su puerta y también lo hizo Savage cuando ya el agua penetraba en avalancha contra el coche y el peligro radicaba en golpearse con el bulldozer.

La joven subió hacia la superficie como una flecha pese a la succión que formaban los dos vehículos al hundirse. Las ruedas seguían girando y el motor del bulldozer rugía.

Savage hinchó sus pulmones con todo el aire que pudo conseguir dentro del propio taxi y aún en la oscuridad, salió agarrándose a la portezuela, con el riesgo de que el bulldozer lo sumergiera más y terminara aplastándolo contra el lodo del fondo.

Savage se arriesgó y abrió la portezuela del taxista, el cual, al no abrir a tiempo la portezuela, se encontró con que la presión del agua se lo impedía. Más ahora, al llenarse el vehículo del líquido elemento por las dos portezuelas abiertas, Savage abrió y cogió al chófer por los pelos, cuando ya se encontraba aturdido.

Sacó al taxista a tiempo, antes de que el bulldozer terminara de llegar ai fondo, aplastando con su terrible peso al "Mercedes-Benz", pese a la densidad del agua.

El taxi se fue hundiendo en el lodo hasta casi desaparecer, mientras el bulldozer le quedaba encima.

Savage tenía la impresión de que no llegaba jamás a la superficie. El agua estaba sucia y aparecía oscura, tenebrosa. Sus pulmones seguían aguantando. Sólo un hombre con un control completo de su propio cuerpo podía conseguir permanecer tanto tiempo bajo el agua.

Al fin, llegó a la superficie y abrió la boca en busca de aire, tras expulsar el que retenía en forma violenta.

Fiorella había sido izada al muelle donde se congregaba un buen número de curiosos. M. P. Savage sabía que no podía perder tiempo. El taxista había perdido el conocimiento y estaba ya al borde de la muerte. Le abrió la boca y le practicó la respiración boca a boca en la propia agua, sin esperar a sacarlo. En aquellas circunstancias, cada minuto era precioso.

Ante la expectación general, volvió a aspirar aire y a meterlo en los pulmones del taxista, mientras acompañaba la acción oprimiendo con su mano la boca del estómago hacia arriba.

Cuando notó que el propio taxista buscaba aire por sí mismo, lo arrastró hasta el muelle donde unos marineros le ayudaron a sacarlo.

Savage trepó al borde de piedra cuando ya se oía el ululular de una sirena.

—Savage, ¿te encuentras bien? ¡Creí que no salías! —exclamó Fiorella, empapada hasta, los huesos.

—Sí, sí, estoy bien, sólo me hace falta descansar un poco.

—Ha sido horrible, tardabas mucho en salir.

—Podía haber sido peor; el taxi ha quedado debajo del bulldozer.

Junto al muelle se detuvieron una ambulancia y un coche policial. El taxista fue introducido en la ambulancia y un oficial de policía se acercó a Savage preguntando:

—¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente. Un bulldozer se nos ha echado encima el taxi ha caído al agua y la máquina también.

—¿Quién conducía el bulldozer?

—¿Y a mí qué me cuenta? —Mademoiselle y yo somos turistas,

averigüelo usted. Por poco nos matan.

—Serán llevados al hospital.

—No es necesario. ¿Qué opinas tú, Fiorella?

—No, no, no hace falta —respondió la muchacha.

—Sin embargo, deberán ir para que les reconozca un forense.

—En otro momento, oficial, en otro momento —le respondió Savage, ambiguo—. Nosotros estamos bien; arreglen el asunto con el taxista. Ha sido su coche el accidentado, supongo que su compañía se hará cargo de los gastos.

—Seguro; pero si ustedes desean formular una denuncia.

—No.

—¿Y usted, mademoiselle? —preguntó el agente, encarándose con la rubia Fiorella. La muchacha miró a Savage y movió su cabeza negativamente.

—Yo tampoco. Ha sido un susto terrible, pero no me ha pasado nada más que darme un chapuzón.

—No obstante, deberé tomar nota de sus documentaciones por si son requeridos a declarar. Sus pasaportes, por favor.

Savage llevaba los pasaportes en un bolsillo de la chaqueta, dentro de una bolsa de plástico, hermética, que preservaba los documentos de la humedad. Los entregó al oficial de policía, que tomó nota, mientras la gente cuchicheaba en derredor y otro agente interrogaba a los curiosos.

—¿Alguien ha sido testigo del accidente?

Nadie respondía hasta que un viejecito levantó su bastón y dijo:

—Yo, yo lo he visto y el que conducía esa máquina infernal se ha salvado, tirándose al suelo. Se ha marchado corriendo.

—Bien, abuelo, tendrá que declarar.

—No podré reconocerlo, veo bastante mal.

—Sin embargo, será bueno que haga una declaración. Su testimonio es valioso, podrá explicar cómo ha ocurrido todo.

—Pues yo estaba con mi perrita, dándole de comer cuando...

Media hora más tarde, Savage y Fiorella se hallaban en la lancha rápida, de unos siete metros de eslora. La embarcación era de línea aerodinámica y prometía deslizarse a gran velocidad sobre la superficie del agua.

Fiorella comentó:

—Después de lo ocurrido, debería cogerle pánico al agua.

—No creo que tú hagas tal cosa; no obstante, si te encuentras mal, regresaremos al apartamento.

—No, no venceremos al miedo con más miedo. ¡Adelante!

La lancha se puso en marcha y surcó las aguas, dejando los muelles atrás.

Alrededor había un buen número de embarcaciones de recreo,

de alquiler o propiedad, pertenecientes a los millonarios de todo el mundo.

—Si no te importa, nos pondremos en paños menores y dejaremos la ropa colgada para que se seque —le propuso Savage.

—Me parece bien —asintió Fiorella, desabrochándose la camisola. Debajo no llevaba sujetador.

Savage dejó su ropa en manos de Fiorella para que ésta la tendiera en un cable como mejor pudiera. Maniobrando con el timón, enfiló la salida de la bahía. La embarcación y su motor respondían bien.

Fiorella se asomó por la borda con un cubo de plástico y lo llenó con el agua limpia que había ya fuera de la bahía y con ella se roció.

—¿No prefieres bañarte? —inquirió él, deteniendo el motor.

—No, me iré remojando poco a poco, no tengo deseos de volver a bañarme.

—Pues yo lo haré un momento.

Se lanzó al mar y nadó alrededor de la canoa. Después volvió a subir a ella chorreando agua limpia.

—Está buena.

—Sí, sí —aceptó ella echando su cabeza hacia atrás para que se le escurriera el cabello.

M. P. Savage reanudó la marcha alejándose de la bocana de la bahía.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A dar un paseo por alta mar.

—¿No hay peligro de que se encrespe el mar y naufraguemos?

—No lo creo, el agua está muy calmada. Hace un atardecer estupendo y veremos ponerse el sol por el Oeste; será muy agradable.

—Todavía tenemos un par de horas de sol, ¿no?

—Un poco menos, pero bastará para secarnos bien.

Savage fijó el piloto automático y se sentó junto a Fiorella. Acercó las yemas de sus dedos corazón e índice de la diestra a los labios femeninos y los rozó.

—Me haces cosquillas —protestó ella.

Savage bajó los dedos prolongando la caricia a lo largo del hermoso cuerpo femenino que la recibió con agrado y ligeros estremecimientos; sin embargo, no dejó de hablar.

—Tú sabes algo acerca de lo que ha ocurrido en el muelle, ¿verdad?

—Puede.

—¿Ha sido uno de los hombres que raptó a Sandra el que nos ha lanzado al agua y que por poco nos mata a los tres, a ti, al taxista y a mí?

—No creo.

—¿Quién puede haber sido, entonces?

—No puedo asegurarlo. Si vuelvo a verlo, le pediré explicaciones, pero intuyo que es un sicario profesional; un asesino a sueldo, internacional.

—¿Por qué tendría que atentar contra nuestras vidas un asesino a sueldo?

Savage suspiró. Dejó de acariciar a Fiorella y se echó hacia atrás, cara al cielo. Fue entonces ella quien utilizó sus dedos para acariciar al hombre, estirando el vello de su cuerpo nervudo, duro y elástico, un cuerpo atlético, ágil y felino, el cuerpo de un budoka.

—Existen varias organizaciones, bandas o como quieras llamarlas, que se dedican al asesinato a sueldo. Hay una de ellas que opera internacionalmente y que tiene miembros de todas las razas, entre sus profesionales del crimen. Son budokas; quiero decir que todos ellos están extremadamente preparados para matar, empleando las técnicas de las Artes Marciales Orientales. Desgraciadamente, ellos carecen de Do, de un espíritu de superación y amor al bien. Ellos aprenden las técnicas para matar, simple y llanamente. Es repugnante, pero es así y a esa secta yo la llamo del Dragón Bicéfalo.

—¿Por qué?

La muchacha preguntó sin dejar de jugar con el vello del tórax y el vientre masculino. Le besó la piel y la encontró salobre. Le gustó y siguió besando, casi lamiendo, como si quisiera sorber toda la sal adherida a la piel de Savage.

—Porque emplean un yawara cuyos extremos son dos cabecitas de dragón estilizadas, casi burdas, pero que sirven para golpear y matar. Con esas cabecitas de dragón, los karatekas parten cráneos o una columna vertebral con endiablada facilidad; también pueden hundir una costilla o reventar el hígado. Un yawara, manejando por un budoka experto, es mortal; no obstante, nadie sospecha del yawara al verlo porque parece un amuleto oriental, sólo eso, un amuleto decorativo y caprichoso.

—Pero ¿qué es un yawara? —insistió.

—Pues, un pequeño bastón de unos quince centímetros de largo y algo grueso para que la mano quede llena al cogerlo. Al cerrar el puño, aparece una cabecita de dragón por cada lado del puño. Entonces, golpean de costado o simplemente con el puño que queda reforzado por la propia madera, que da potencia a los nudillos.

—¿Y por qué quieren matar esos asesinos? —siguió preguntando, mientras le mordisqueaba el lóbulo de una oreja y con la yema del dedo corazón reseguía en círculo la forma de la tetilla masculina.

—Porque he puesto muchos negocios sucios al descubierto y

hay tipos y organizaciones que no me perdonan que lo haya hecho. Han jurado matarme y por ello pagan a la secta del Dragón Bicéfalo. He llegado a creer que cada vez que denuncio un negocio sucio, el cerebro de la Secta del Dragón Bicéfalo, se pone en contacto con los que han quedado con el culo al aire y les ofrecen sus servicios.

—Si fuera así, sería terrible. Cada vez se cotizaría más y más el precio de tu muerte.

—Es posible que así sea. Ignoro en cuánto habrán valorado ya mi muerte, pero en realidad ellos no sólo quieren destruirme a mí, sino también a Liberty Garden.

—¿Liberty Garden es ese lugar donde se educan jóvenes de ambos sexos para convertirse en budokas?

—Sí. De Liberty Garden saldrán muchachos que me emularán en la lucha contra la explotación del hombre por el hombre, en sus mil formas distintas. Liberty Garden es como una gran madre que va pariendo a los jóvenes que lucharán por un mundo mejor y más justo, lo que es muy difícil, pues a través de los milenios, unos hombres se han impuesto a otros para esclavizarlos. En fin, creo que debería explicarte muchas cosas; es difícil contarte cada uno de los detalles. El caso es que la Secta del Dragón Bicéfalo está en todas partes y cuando menos lo espero, uno o varios de sus asesinos arremeten contra mí. Quizá algún día consiga lo que proponen, por eso he de estar siempre alerta, siempre preparado para la defensa.

—Entonces, vivirás desasosegado, temiendo que te maten.

—Tanto como eso, no. Sé muy bien que he de morir; nadie supervivirá porque nadie es inmortal. Escapar a la muerte es sólo retrasarla porque, indefectiblemente, un día u otro ha de llegar. Parece que la meta de todos es alcanzar la vejez y en ese largo camino, muchos cometen actos miserables y criminales. Yo no lucho por llegar a viejo. Cuando la muerte me llame, sea cuando sea, la aceptaré tal como es. No moriré con rabia, sino con la conciencia de haber trabajado por algo noble.

—Eres un ser excepcional, Savage, me haces sentir muy pequeña a tu lado.

Se medio volcó sobre él y lo besó apasionadamente, con aquel amor que Savage, sin proponérselo, había despertado en lo más íntimo de Fiorella que a sí misma se consideraba una mujer más bien fría y distante con los hombres.

El sol descendía sobre el mar, por el Oeste, y se tornaba rojo. Su rojez teñía el agua, mientras unas gaviotas volaban, chillando, en bandada, bajando y subiendo. a nivel del mar como si hubieran descubierto un banco de peces, y posiblemente fuera así, porque aparecieron unos delfines que saltaban sobre la superficie del agua y volvían a desaparecer.

La tierra era casi una línea hacia el Norte, que se perdía en el horizonte cuando apareció ante ellos una mole de color grisáceo que, a mucha distancia, podía confundirse con las aguas del mar.

—Es un trasatlántico —inquirió Fiorella, que, sorbía a través de su sedosa piel los último rayos del sol que agonizaba, en aquel día que tan emocionante había sido para ella.

—No, no es un trasatlántico. Tiene aspecto de carguero, un carguero grande.

—¿Y qué bandera lleva? —preguntó ella, desperezándose sobre la pequeña cubierta que estaba a popa.

Con unos prismáticos, Savage escrutó el barco hacia el cual se dirigía la canoa y dijo:

—Parece bandera libanesa, pero no hay que fiarse. Algunos barcos, cuando se hallan fuera de aguas jurisdiccionales, cambian de bandera.

—¿Son contrabandistas?

—Hay muchos barcos que sí lo son. En una ocasión descubrí a un carguero que llevaba coches robados en los Estados Unidos para ser vendidos, luego, en Africa. Otros cargueros camuflados son espías y ¡os hay que son laboratorios flotantes para transformación dé droga. Algunos transportan armas para guerrillas o para ejércitos a los cuales la ONU ha boicoteado y otros trafican clandestinamente con transistores o aparatos de televisión. Ya ves que los hay para todos los gustos.

—¿Y crees que ése trafica en algo sucio?

—Ese barco tiene el ancla echada y permanece quieto fuera de aguas jurisdiccionales.

—¿Y por qué se ha detenido en mitad del mar sin buscar el abrigo de un puerto?

—Si está ahí, será por algún motivo, un motivo sucio porque no es un petrolero que esté limpiando sus tanques. Es un mercante, y está ahí por alguna causa que me gustaría averiguar.

—Savage, tengo la impresión de que tú has venido con la canoa hasta aquí, expresamente.

Savage medio sonrió, pero no respondió y siguió observando el barco con los prismáticos, sin acercarse a él.

El barco semejaba quieto, sin vida. Ni siquiera salía humo por su chimenea. Parecía más bien antiguo; era un barco grande que podía emplear aún el arcaico sistema dinámico a vapor. Quizá fuera una nave que ya no podía navegar por sí misma o las hélices de que disponía sólo podían conseguir un bajísimo rendimiento porque, de pretender exigirle más, podían reventar sus cañerías, sus circuitos.

Al pasar por el lado sur del buque que permanecía paralelo a la costa de la Petite

République, junto a una escalerilla metálica adosada al mismo descubrieron una gran lancha rápida con un volumen cuádruple a la que utilizaban Savage y Fiorella.

—Parece que. sí hay gente —opinó la muchacha.

La gran lancha se puso en marcha, haciendo roncar sus motores.

—¡Cuidado, Fiorella, viene por nosotros! —gruñó Savage saltando hacia el timón y haciéndose cargo del mando

—¿Por qué?

—¡Agárrate y no preguntes!

La lancha, con su contundente quilla de acero, trató de alcanzar a la canoa tripulada por Savage para partirla en dos y hundirla.

Estaban detrás del buque y desde tierra, aunque tuvieran potentísimos prismáticos, no podrían verles, en aquellos momentos, pues la masa del gran buque anclado en alta mar lo impedía.

Savage efectuó un quiebro y consiguió escapar a la embestida; sin embargo, la canoa se balanceó peligrosamente. La gran lancha intentó dar la vuelta para embestirla de nuevo.

Savage se alejó con toda la velocidad que le permitía la canoa, temiendo que pudieran dispararles desde la cubierta del barco anclado en alta mar, sujeto al fondo por no menos de cuatro pesadas anclas.

La lancha trató de perseguirles, pero se quedó atrás porque la canoa motorizada tripulada por Savage era mucho más rápida. Terminó por alejarse y, ya a distancia, perdiéndoles de vista, Fiorella suspiró.

—Creí que me volvían a dar el chapuzón y, por un día, ya es suficiente.

—El susto ya ha pasado. A esos tipos parece que no les gusta que les molesten. Pusieron proa a la bahía cuando ya oscurecía.

CAPÍTULO VI

Cuando Sandra comenzó a despertar, se sintió como algodonada. Tenía un ligero dolor de cabeza y su mente estaba poco clara, incluso su visión era borrosa. Sentía el paladar seco, tenía sed.

Trataba de recordar lo que había sucedido, qué le ocurría y dónde estaba, pero al intentarlo, su dolor de cabeza aumentaba y sus sienes eran oprimidas como por punzones de acero que penetraban en el interior de su cráneo, torturándola.

Una extraña voluptuosidad que hacia presa en todo su cuerpo, la incitaba a tomar la posición fetal sobre el lecho en que se hallaba.

—No, no, tengo que levantarme, tengo que levantarme —se dijo.

La temperatura ambiental era más bien cálida y nada la cubría sobre la cama. No llevaba siquiera reloj ni un anillo, nada. Se incorporó perezosamente sobre ¡a cama y en un ángulo de la habitación descubrió a la mujer tailandesa. Esta la observaba en silencio, fumando parsimoniosamente con una larga boquilla.

Sandra debió considerar como algo normal la presencia de la oriental dentro de la confusión que reinaba en su mente, pues no le dijo nada.

Se separó de la cama y se acercó a un gran espejo en el que se contempló, como tratando de reconocerse. No parecía la misma; tenía la impresión de haber entrado en el cuerpo de otra mujer y lo curioso es que carecía de la energía suficiente para rebelarse.

Sus cabellos estaban muy cepillados y como esponjados, dando la impresión de que su pelo era más abundante y el color más rojo y luminoso.

Le habían pintado las cejas con mucho cuidado, alargándolas. Sus párpados estaban maquillados de un intenso verde turquesa fosforescente y los labios también habían sido pintados con un aire casi rasgado en las comisuras, de un rojo vivo y brillante que realzaba su boca, haciéndola más carnosa y jugosa.

Toda su piel había sido frotada con alguna crema o aceite que la hacía brillar. Las aréolas de sus pechos parecían más grandes y se hallaban coloreadas en fuerte color fresa que realzaba sobremanera las cúspides de sus senos altos, turgentes y llenos. En su vientre habían pintado un gran ojo cuyo iris era el propio ombligo y por su espalda, desde los hombros hasta los muslos, había rayas de colores

que erotizaban su figura.

Sandra se observaba, se escrutaba, se palpaba con sus manos sin comprender.

Parecía que la estuvieran preparando para un ritual o un espectáculo.

Cuando quiso darse cuenta, a su lado estaba la tailandesa que siempre mantenía una media sonrisa, una enigmática y débil sonrisa, difícil de descifrar.

—Eres muy hermosa, Sandra.

Sandra suspiró levemente, entre sus labios separados, apenas. La tailandesa le pasó la mano por la piel haciendo que Sandra se estremeciera como si, de pronto, sintiera frío. No sabía si la oriental la admiraba a ella o a su obra, porque ahora estaba segura de que la culpable de toda aquella transformación estética era la oriental de edad indefinida.

La tailandesa quitó la punta del cigarrillo consumido de su boquilla y puso otro, cuyo papel de envoltura era de color ocre. Lo encendió y tras darle le primera chupada, puso la boquilla entre los labios de Sandra. Esta, sin ofrecer resistencia, succionó, llenando sus pulmones con el humo aromático que producía aquel cigarrillo.

Siguió fumando ante el espejo, sin deseos de huir.

Sin darse cuenta de que su mente estaba anulada.

Sandra se dejaba llevar y por ello fumó aquel extraño cigarrillo que la envolvía con su humo.

—No temas, no te pasará nada si haces todo lo que se te dice. Será una experiencia nueva para ti, más excitante que conducir un bólido a doscientos cincuenta por hora.

—¿Qué pasará conmigo? —preguntó débilmente, sin resistencia.

—Ya lo verás. Tú has todo lo que te diga y te irá bien, créeme.

Sacó unas extrañas ropas de seda y gasa de color desvaído, con bordados de perlas y lentejuelas. Sandra dejó que la tailandesa la compusiera y, siempre frente al espejo, observó que era vestida de mora, con largos calzones de gasa que se abrían fácilmente por los costados.

Llegó a colocarle hasta un velo bordado que le cubría nariz y boca, y que hacía destacar sus ojos. Sandra levantaba el pañuelo y seguía fumando de la larga boquilla. El humo que expulsaba salía casi a través del velo.

—Estás magnífica, vas a cortar las respiraciones, resecarás las gargantas, acelerarás el latido de los corazones de cuantos te observen.

—Pero ¿qué voy a hacer? —preguntó siempre como desmayada.

—Te dejarás llevar por tus impulsos.

—No entiendo.

—Tú no has sido preparada para ningún baile, no eres una danzarina de night club; eres una mujer virgen al respecto, por ello, cuando te dejes llevar por tus impulsos, lo harás de forma más natural y salvaje, menos controlada.

—¿Tengo que bailar?

—Sí. Verás como una tarima redonda, subirás a ella y danzarás instintivamente, mientras oigas música de tambores. Danzarás sensualmente, dejándote llevar, y harás strip-tease.

—¿Strip-tease?

—Sí.

—Yo nunca…

—Todas las mujeres sabemos hacerlo, es parte de nosotras mismas. No me digas que no lo has hecho jamás.

—Pues...

—Aunque sea en el cuarto de aseo, mirándote al espejo, riéndote un poco de ti misma. Todas las mujeres lo hacen y tú lo harás, olvidándote de todo y de todos.

—No sé, no sé.

—Ocurra lo que ocurra, no tendrás ningún miedo porque nada malo te sucederá. Tú eres una prenda preciosa y muy valiosa.

—¿Por qué, por qué?

—Porque Lombardetti, que es el amo de todo esto, así lo ha decidido.

—¿Quién es Lombardetti?

—El amo —insistió la tailandesa—. Este lugar es como un gran night club sólo al alcance de grandes fortunas; de hombres y mujeres que desean divertirse con mucha excitación, sin límites.

Sandra iba a protestar cuando sonó una chicharra leve. La oriental se apartó de Sandra, descolgó el auricular y respondió:

—¿Sí?

Hablaron por el otro lado del hilo y ella respondió:

—Está dispuesta.

Volvieron a hablar sin que Sandra alcanzara a oír nada. La oriental dijo;

—Ahora mismo... —Y colgó. Se encaró con Sandra y advirtió—: Ha llegado el momento.

—¿De qué?

—De que pruebes algo nuevo para ti.

—No, no, tengo miedo —protestó sin fuerza.

La tailandesa le quitó la boquilla. Sandra había consumido el extraño cigarrillo que no tenía el sabor ni el olor del tabaco. Lo depositó sobre un tocador y cogiendo a Sandra de la mano, se la

llevó, sabiendo que la muchacha no tendría fuerzas para escapar. Las drogas milenarias habían surtido su efecto, anulando su voluntad.

Al salir al corredor, la oriental cerró la puerta de aquel camarote con llave y avanzaron por un corredor solitario. Llegaron a una escalerilla y subieron por ella a otro pasillo. Se deslizaron por él hasta unas bambalinas.

Sandra no veía a nadie pero oía murmullos y risas algo lejanas.

La tailandesa, llevándola siempre de la mano, la condujo hasta una plataforma circular de unos tres metros de diámetro y separada del suelo como medio metro, quizá algunos centímetros más.

—Sube.

—Tengo miedo... —musitó.

—¡Sube! —ordenó tajante.

Sandra trepó a lo alto de la plataforma y se halló frente a unas cortinas cerradas. Se volvió para buscar a la oriental y entonces la vio lejos y como muy pequeña.

Se sintió sola, desvalida, cuando por los altavoces comenzó a llegar hasta ella un sonido de tambores que recordaba la llamada de la selva virgen africana.

Sandra notó como si su sangre se deslizara más rápida y fluida por sus venas y su cuerpo, primero con una ligera timidez, comenzó a ondularse siguiendo el ritmo de los tambores que era más bien lento y altamente sensual, cargado de fuerza erótica.

Las cortinas se descorrieron lentamente.

Sandra tuvo la impresión de hallarse ante una sala con espectadores, más no podía ver a ninguno de ellos. Estaba segura de que había mesitas con butacones dobles con grandes cantos y orejas que aislaban a los clientes solitarios, o por parejas, dejos demás.

Sandra notó múltiples ojos clavados en ella, esperando a que se dejara llevar y no que interpretara. Era diferente; Sandra no era una profesional que cada noche llevara a cabo el mismo número. Ella se estaba dejando llevar por sus instintos eróticos, y más primitivos, espoleada por la ancestral música de tambores.

Se olvidó de que la observaban y danzó, anuladas sus inhibiciones por culpa de las drogas selectivas y malignas.

Sintió que su mente entraba en un mundo distinto que la hacía vibrar y toda ella, desde las uñas de los pies a las raíces de los cabellos, era sensual. Sin tomar conciencia de ello, inició el strip-tease y las exóticas prendas fueron saltando de su cuerpo, dejando ver la piel pintada para realzar la sensualidad que debía transmitir, mientras abría los labios en busca de aire para llenar sus pulmones y exhalar suspiros.

Todo su cuerpo, sus piernas, sus caderas, su vientre, sus pechos, su cabeza, se movían como jamás ella misma hubiera llegado

a suponer que se movería. Los tambores la excitaban, la impelían a seguir, la esclavizaban, mientras un foco vertical la iluminaba desde arriba cambiando de colores, rojo intenso, azul, verde, morado, amarillo y flashes que semejaban bombardearla como relámpagos.

Se sentía como ahogada, le faltaba aire. Tenía la impresión de que de un momento a otro iba a perder la conciencia y caería desvanecida sobre la plataforma circular y acolchada.

Los tambores disminuyeron su ritmo y ella, sumisa, obediente, fue haciendo más suaves sus contorsiones.

En el escenario aparecieron dos hombres que vestían túnicas y capuchas negras; de sus cintos colgaban katanas envainadas. Entre ambos, cogida por sendas asas, llevaban una gran cesta circular de mimbre que debía pesar mucho, a juzgar por el esfuerzo que les costaba transportarla.

Depositaron la cesta sobre la plataforma circular en que seguía Sandra, terminado su strip-tease, pero seguía danzando como si no pudiera dejar de hacerlo hasta que los tambores callaran, porque se sentía esclava de ellos.

Los dos hombres de la capucha y la túnica se apartaron y la pista circular y acolchada comenzó a girar despacio. Sandra apenas se daba cuenta de que su piel se había cubierto de una ligera película de sudor. Era incapaz de interrumpir su danza; su mente estaba anulada y sólo podía bailar y bailar mientras las luces llenaban sus retinas de colores fuertes, llamativos y excitantes como la misma música.

Del interior de la cesta de mimbre apareció la cabeza de una serpiente pitón que observó atenta hasta clavar sus ojos en Sandra que continuaba danzando, ahora muy despacio, pues apenas se movía.

Sandra no vio a la pitón o no quiso verla, pero el gran reptil sí la descubrió a ella y comenzó a salir de la cesta. No era demasiado gruesa pero sí interminablemente larga. Un metro, otro...

La serpiente reptó por la plataforma circular, mientras ésta giraba, y fue formando un círculo con su largo y cilíndrico cuerpo en torno a Sandra, como si ya la considerara su presa.

Alzó su cabeza y parte del cuerpo y pegándose a una de las piernas de Sandra, subió por ella. Se deslizó hacia arriba pasando entre sus muslos, se colocó frente al rostro femenino y los ojos del ofidio y la mujer se encontraron.

Sandra sintió que le faltaba la respiración y recordó las palabras de la tailandesa:

“No te asustes, que no te pasará nada. Tú danza, danza..."

La pitón continuó subiendo. Montó por encima de uno de sus hombros y descendió por la espalda desnuda de Sandra. La cruzó, y

su cabeza apareció entre el brazo y el costado derecho.

Se pegó a su cintura y la fue rodeando por delante del cuerpo. La serpiente se deslizaba con suavidad pero inexorablemente pegada al cuerpo, a la piel ligeramente sudada de Sandra. Tras rodear la cintura, montándose sobre su cadera, se deslizó por detrás buscando el final de la espalda.

Pasó por debajo de ella abriéndose camino entre las piernas que Sandra se vio obligada a separar porque el peso que debía soportar era excesivo y perdía el equilibrio con riesgo de caer, y no deseaba hacerlo. La pitón se enroscaba, se enroscaba y pesaba, su cuerpo era largo, interminable.

Volvió a aparecer por delante de su cuerpo, en vertical, ascendiendo hacia el rostro mientras la cola se enroscaba a los muslos. Poco a poco, el cuerpo femenino se iba vistiendo con aquel reptil que la envolvía. Sentía que le faltaba aire y, a la vez, notaba unos estremecimientos que no deseaba reconocer, pues se dejaba vencer voluptuosamente por el poder envolvente, dominante y constrictivo de la gran pitón.

Sandra seguía moviéndose, ahora para guardar el equilibrio.

Aquel horrible reptil le quitaba el aire, le oprimía las costillas con el riesgo de hundírselas; sin embargo, la mujer no gritaba, era como si en su anulación de personalidad se dejara vencer por la pitón.

Mientras la plataforma giraba, Sandra cayó. Los tambores se aceleraron y la joven se movió más. Rodó sobre sí misma y la serpiente oprimió y oprimió, hasta que todo se tornó rojo ante las pupilas femeninas, pese a que el foco que tenía encima la bombardeaba con otros colores. Ya no veía a la serpiente que levantaba la cabeza abriendo sus mandíbulas hacia ella, considerándose vencedora.

Sandra cerró los ojos, incapaz de resistir más, y su cuerpo quedó relajado, sin ofrecer resistencia, declarándose vencida, mientras sus oídos producían un ruido zumbante que horadaba su cerebro.

Inesperadamente subió a la plataforma uno de los encapuchados blandiendo el afilado y brillante acero de su katana.

El sable japonés describió un círculo en el aire, silbando, y en su camino atrapó la cabeza de la pitón. La hizo saltar en el aire, cercenándola limpiamente y un chorro de sangre saltó sobre el rostro de Sandra, tiñéndolo de rojo sin que ella pudiera verlo.

Se había sumergido en el mundo de las sombras mientras el encapuchado, girando en círculos, blandía su afilada katana, cortando el cuerpo del reptil que se retorcía, en varios pedazos, afeitando materialmente el cuerpo de la mujer mientras los espectadores que asistían al sádico espectáculo se estremecían de placer.

Allí no les podía ver la sociedad ante la que mostraban una cara muy distinta, el aspecto y el talante de gente patriarcal y honorable; tipos repugnantes que hablaban de resignación y sensatez, cuando ellos mismos no eran más que sepulcros blanqueados.

CAPÍTULO VII

Fiorella recordaba que la noche anterior había estado en un drug-store acompañada de M. P. Savage. Con la afluencia masiva de turistas, debido al gran rally de la Petite République, el drugstore estaba más surtido de lo habitual, se podía encontrar prácticamente de todo, eran unos verdaderos almacenes.

Fiorella se compró algo de ropa, ligera y veraniega. Después habían cenado, y Savage la llevó al apartamento. Encontraron a Ricky en postura zazen, en profunda meditación Mokuzo. No le estorbaron.

Fiorella recordó que se había dormido muy pronto, agotada por los acontecimientos y la confusión que aún reinaba en su mente.

Durante el sueño no había sufrido pesadillas, gracias a que Savage le había practicado un extraño masaje en la parte alta del espinazo y justo encima y debajo de la nuca hasta dejarla totalmente relajada.

Fiorella había aprendido a tener muy en cuenta la extraordinaria habilidad de los dedos de M. P. Savage, dedos educados en Oriente con la práctica de la digitopuntura y que eran capaces de captar alteraciones en el cuerpo sometido a observación.

Sabido era lo lejos que estaban los médicos occidentales de los médicos orientales respecto a la técnica de utilizar los dedos sobre el enfermo para descubrir y diagnosticar enfermedades, técnica que no se podía aprender en un cursillo ni siquiera en toda una carrera universitaria.

Había que sensibilizar el sentido táctil desde la mismísima niñez y entonces, sólo entonces, se captaban vibraciones en el cuerpo humano que delataban alteraciones en el mismo o se podían hallar los puntos justos para relajar, o excitar el placer.

La diferencia entre los dedos de Savage y los de un fanfarrón playboy occidental, podía ser pareja a la diferencia existente entre un concertista de piano y un destripaterrones.

Se había despertado y no sabía qué hora era; no obstante, la luz diurna se filtraba a través de la persiana plástica que cubría la ventana de la habitación.

Tomó su bata y, colocándosela, salió al resto del apartamento. Estaba vacío, se encontraba sola.

Recordaba que Savage le había pedido que no se moviera del apartamento, si en algún momento se encontraba sola. Se dirigió al

baño y protegiéndose el cabello con un gorro de plástico, se dio una ducha tibia para quitarse todo el sueño que le quedaba.

Mientras se duchaba, pensó en comida, en tostadas con mantequilla, una buena naranjada y un café doble y corto, al estilo italiano.

Se secó con la toalla y cuando acababa de ponerse la bata, sonó el timbre de la puerta. Parpadeó. ¿Habrían adivinado su apetito?

Se acercó a la puerta y apoyó la mano en el pomo. Antes de abrir, tuvo una cierta precaución y preguntó:

—¿Quién es?

—El desayuno, mademoiselle.

Fiorella pensó que debía haber sido Savage o cualquiera de sus dos amigos, quienes lo habían encargado. Abrió la puerta y entró un hombre de estatura mediana, más bien tirando a bajo y vestido con chaquetilla blanca y lacito al cuello; pero no traía consigo carrito ni bandeja.

—¿Y el desayuno? —preguntó Fiorella desconcertada, mirando al hombre.

Era un oriental. Llevaba bigote y sonreía ligeramente, enigmático.

Aquel hombre alzó su mano y le aplicó un haito-uchi entre las cejas, que sorprendió a la muchacha que cayó como fulminada.

Cuando despertó, tuvo la impresión de haber permanecido inconsciente poco tiempo, pero había bastado para que el desconocido le tapara la boca con tela adhesiva, amplia y recia, tras meterle un pañuelo dentro de la propia boca. Tenía las manos a la espalda y unidas entre sí con cinta adhesiva que resultaba muy eficaz para maniatar.

Sus tobillos estaban igualmente unidos entre sí polla maldita cinta adhesiva que le impedía separarlos.

Forcejeó y hubo de convencerse prontamente de que era inútil. Entonces fue cuando vio al hombre en la puerta de la habitación, pues ella yacía sobre la cama que abandonara sólo un rato antes:

—Así, quietecita, no te sucederá nada —dijo el oriental, haciendo saltar en la palma de su mano un bastoncito de madera, grueso pero corto. En los dos extremos estaban talladas sendas cabecitas de dragón.

"La Secta del Dragón Bicéfalo, Savage tenía razón, es uno de los asesinos a sueldo ", pensó, sin poder articular palabra.

—¿Sabes quién soy? —se rió el oriental—, ¿Te ha hablado Savage de mí? Sí, es posible que él me viera cuando os empujé al agua del muelle con el bulldozer. La verdad, esperaba tener más suerte. Ese Savage tiene muchas vidas, como los gatos, pero todo se termina un día u otro. La suerte se acaba, incluso para los más

afortunados.

Cerró la mano alrededor del yawara y descargó un golpe seco contra el marco de la puerta. La jamba de madera se partió, pese a estar sujeta a la pared de ladrillos.

Fiorella abrió desmesuradamente los ojos al ver de lo que era capaz un golpe de aquella especie, propinado por la mano endurecida, entrenada y experta de un asesino que, además, era practicante de Artes Marciales Orientales.

Pensó en Savage y que, en cierto modo, no había terminado de concienciarse cuando el propio Savage le había explicado de lo que era capaz de hacer un asesino de la Secta del Dragón Bicéfalo con su yawara; unos asesinos que solían despreciar las armas de fuego porque dejaban demasiadas señales y evidencias, demasiadas pistas para la policía, mientras que un golpe certero con un yawara siempre podía atribuirse a una mala caída y el asesinato se confundía con una muerte accidental.

Fiorella albergaba la esperanza de que alguien hubiera escuchado aquel golpe seco que había partido la madera de la jamba, más no parecía ser así puesto que nadie llamaba.

El sicario cerró la puerta en la medida que pudo y se dispuso a aguardar la llegada de su víctima para cogerle desprevenido. Se acercó a la amplia ventana del saloncito y la abrió, para observar el exterior. La altura era de siete pisos. Abajo había jardines y una larga galería que se prolongaba a lo largo de la pared, rodeando el edificio.

Pasaron los minutos. El asesino a sueldo, miembro de la Secta del Dragón Bicéfalo, enemiga mortal de Moses Pacific Savage y subvencionada por la plata de los hombres y sociedades denunciadas por Savage por hacer negocios sucios, esperaba atento junto a la puerta.

De cuando en cuando, pegaba su oreja a la pared y oía el ascensor deslizándose por el foso. Al fin, se detuvo en la planta séptima y se abrieron las puertas automáticas.

Escuchó pasos acercándose a la puerta del apartamento. Eran pasos seguros, decididos, ágiles y casi imperceptibles, como correspondía a un buen budoka y no a un soldado prusiano.

El asesino a sueldo cerró su mano derecha en torno a la madera de teca en que estaba tallado el yawara, el arma preferida de los miembros de la Secta del Dragón Bicéfalo porque podían viajar con ella sin llamar la atención en ninguna parte.

Pasaba sin problemas los controles de seguridad, pues no llevaba metales incrustados que pudieran ser descubiertos.

Un llavín se introdujo, sin vacilar, en la cerradura. Se abrió la puerta y el asesino se dispuso a descargar el golpe que resultaría mortal de necesidad, pues con aquel yawara podía hundir una bóveda

craneana, aun estando protegida por un casco de motorista.

Descargó el golpe cuando aparecía la cabeza de Savage, mas el sicario no logró alcanzarle porque Savage había levantado el brazo.

—¡Kiaiii!

M. P. Savage le replicó con una mano espada al vientre. La tegatana encajó en su lugar y el asesino abrió la boca de dolor; mas, como estaba perfectamente entrenado, supo saltar a tiempo antes de recibir un segundo golpe de Karate por parte de Savage.

El asesino se dejó caer, rodó sobre sí mismo y se incorporó, enfrentándose de nuevo a Savage. Fiorella les vio a través de la puerta que se acababa de abrir por un empujón involuntario del sicario oriental.

—¡Kiaiii!

Nuevamente arremetió contra Savage con un puntapié en el tórax que no alcanzó su objetivo. Savage, antes de que la ashigatana le diera un golpe definitivo, apresó el pie entre sus manos y lo hizo girar, sabiendo que el asesino se revolvería tratando de descargarle un golpe de yawara en la cabeza.

No lo consiguió. Savage se desplazaba con una felina rapidez, pues había intuido que la ashigatana sólo tenía la misión de desconcertarle para cogerle, después, con el yawara.

—Te va a ser difícil matarme, otros lo han intentado antes —le advirtió Savage en posición Kokutsu-Dachi, una postura defensiva en la que el setenta por ciento del peso de su cuerpo cargaba sobre la pierna derecha que quedaba atrás, con la rodilla directamente en línea con el dedo gordo del pie.

Giraron por el saloncito. El asesino estaba dispuesto a matar, costara lo que costase y para ello volvió a embestir.

—¡Kiaiii!

Lanzó dos golpes con la zurda, a mano cuchillo.

Savage iba parando los golpes y cuando el sicario iba a asestarle un golpe definitivo con el yawara, Savage le hizo presa en la muñeca con la mano izquierda y el bajo vientre con la derecha. Aprovechando el propio impulso del asesino, lo proyectó por encima de él.

El oriental salió volando, limpia y llanamente, a través de la ventana abierta. El impulso era grande y no Cayó en vertical, sino que siguió volando. Debió ver llegar su fin, pero fracasado en su cometido, pareció desear la muerte y no gritó en la caída. Un golpe sordo y, después, el denso y tétrico silencio.

A distancia, Savage vio que el asesino había caído en el césped, bajo la sombra de un gran árbol. No parecía que hubiera llamado la atención de nadie. Los turistas de la Petite République estaban demasiado entretenidos en divertirse y presenciar la inminente llegada

de los automóviles del rally que aquel día terminaban la carrera; por su parte, los empleados de hostelería se hallaban muy ocupados atendiendo a los turistas llegados en alud, casi desbordándoles.

Savage fue a la habitación donde estaba Fiorella atada y amordazada. Se inclinó sobre ella y lo primero que hizo fue quitarle la mordaza.

—¿Savage, me ha sorprendido!

—¿Te ha hecho daño?

—Me ha dado un golpe entre los ojos; no ha debido ser muy fuerte, aunque he perdido el sentido.

Savage miró el teléfono que estaba descolgado. Cogió el auricular y lo ahorquilló.

—Has sido tú, ¿verdad?

—Sí.

—Has hecho bien, me lo han dicho en conserjería. Si el teléfono estaba descolgado y nadie respondía, es que algo pasaba; por eso he entrado con precaución en el apartamento, dispuesto para no ser sorprendido.

—¿No te ha dado ningún golpe? —preguntó ella, mientras él la liberaba de las ataduras.

—No, no lo ha conseguido; ahora, es mejor que lo olvides.

—Es un sicario de esa Secta del Dragón Bicéfalo que tú decías.

—Sí, no tiene mayor importancia. Yo sé que siempre irán tras de mí para matarme. Olvídalo ya, ha muerto.

—¿Muerto? —repitió, tragando saliva.

—Sí, ha caído por la ventana, pero mejor no digas nada. Vamos a salir del hotel ahora; es preferible que no nos relacionen con esa muerte. Precisamente vengo del hospital, de interesarme por el taxista.

—¿Y cómo está?

—Bien, no habrá problemas, en tres o cuatro días lo podrán en la calle y su agencia de seguros pagará los gastos de su coche que ha quedado totalmente inutilizado. El bulldozer, que era del servicio portuario, sí se ha podido rescatar y con una limpieza quedará listo para el uso.

—Savage, hablas con una frialdad espeluznante después de lo que ha ocurrido.

Mira, mira la puerta y piensa de lo que era capaz ese asesino.

Savage miró en la dirección señalada y dijo simplemente:

—Habrá que arreglar un poco el marco y enderezar los muebles. No quiero que la policía me involucre, ahora, con la muerte de ese hombre. Vamos, nos esperan.

Fiorella se vistió, y ambos abandonaron el apartamento cuando abajo, en la hierba y alrededor del oriental muerto, había un grupo de

curiosos. Era difícil pensar que había caído del edificio de apartamentos, pues se hallaba a mucha distancia. Sólo se podía comprender aquella distancia por la caída en oblicuo, como si hubiera planeado.

—Cojamos un taxi.

Subieron a un taxi y cuando se alejaban del hotel oyeron las sirenas de dos patrulleros que rodaban en dirección al hotel. Los vehículos policiales se cruzaron con el taxi y Savage se inclinó sobre Fiorella para besarla, y ambos ocultaron así sus rostros.

—¿No pueden esperar a luego? —preguntó el taxista.

El taxi se detuvo en un mirador al Mediterráneo en el que había un amplio estacionamiento con parquímetros automáticos independientes para cada plaza. Allí estaba el gran “Daymio ”, destacando entre los otros coches por ser más alto y más amplio, por sus seis ruedas y por su resistente antena de radio que era utilizada para varios usos.

Ricky acababa de salir del coche y, muy civilizadamente, colocaba dos monedas en el parquímetro para que siguiera dándoles tiempo de permanencia en aquel lugar.

—¡Ricky!

—¡Ho... ho... hola, Savage!

—Ricky, ¿puedes acompañar a Fiorella a desayunar algo a la terraza de aquel bar?

—Savage señaló uno de los grandes bares que había en la avenida marítima que daba a la bahía.

—¡Sí, sí, claro!

Fiorella se volvió hacia Savage para decirle:

—Se me ha pasado el apetito.

—Es mejor que comas algo, de lo contrario te sentirás débil. Has pasado ya por muchas dificultades.

—Por tantas, que yo misma me asombro de mi capacidad de recuperación ante tanta violencia. Cuando nos atacaron en la carretera no pude resistir, me puse nerviosa y cuando me golpearon...

—¡Fiorella!

—¿Qué pasa, Savage?

—¿No te das cuenta?

—¿De qué?

—De que has recordado, de que tu amnesia, localizada en el incidente de la pista forestal, ha terminado.

—Pues es verdad, lo recuerdo bien. Atacaron a Sandra…

—No te preocupes, me lo contaste todo por hipnosis. ¡Anda, ve con Ricky a desayunar! Debes recuperarte un poco.

—¿Habrá sido el golpe que me ha propinado ese asesino a sueldo?

—Supongo que sí. Ahora, no temas; yendo con Ricky no creo que nadie se atreva a molestarte.

Fiorella miró a Ricky que con sus dos metros diez de altura y sus ciento ochenta kilos de peso ofrecía un imponente aspecto. Le dio el brazo, alzándolo mucho, y le pidió:

—Llévame a desayunar.

—¡Sí, sí, claro!

Juanito Chancleta había permanecido dentro del gran automóvil, silencioso y atento. Savage entró en el auto. Juanito, que tenía un auricular colocado en la oreja, observó a su amigo.

—¿Cómo va? —preguntó Savage.

—Aguarda, viene visita.

Savage miró la grabadora a cassette que estaba funcionando.

Escribió un nombre en un bloc, añadiéndole un interrogante. Aquel nombre no era otro que el de Lombardetti.

Juanito Chancleta hizo una vacilación con la cabeza. Detuvo la cassette, quitó la cinta y colocó otra en su lugar, volviendo a conectar el aparato. Savage tomó la cassette, sacó un reproductor de la guantera y colocó la cajita dentro. Aplicó otro auricular, rebobinando la cinta, y la dejó dispuesta para ser escuchada. La cinta era de noventa minutos de duración, es decir, cuarenta y cinco por cara.

—¡Buenos días, monsieur Maurice Borj! —dijo una voz que sonaba sarcástica y que

Savage dedujo que debía corresponder a un secuaz de Lombardetti.

La grabación realizada por Juanito Chancleta, el joven puertorriqueño budoka, compañero de Savage y especialista en fotografía y sonido, salía perfecta. Juanito había colocado previamente los chinches de escucha jugándose el tipo en la habitación del hotel en que se hospedaba Maurice Borj y en el propio coche de éste. Luego, con la antena dispuesta, se había dedicado a esperar dentro del "Daymio " donde tenía el emisor-receptor.

Había permanecido a la escucha y en el momento en que oía una voz, conectaba la grabadora. De esta forma había conseguido llenar la cinta que ahora se disponía a oír Savage para saber qué clase de visitas había recibido Maurice Borj, sometido a vigilancia.

Era obvio que el rapto de la hermana de Maurice Borj no había sido un hecho fortuito. Savage había tenido noticia de sucesos desagradables acaecidos en la Petite République y de extrañas desapariciones de jóvenes de distintos países y razas que no habían vuelto a aparecer por parte alguna.

No era un suceso insólito la desaparición de muchachas de gran atractivo. Desde el principio de los tiempos, las jovencitas hermosas eran raptadas. El control policial ejercido en las naciones civilizadas

había conseguido reducir esos raptos, más no se podían evitar totalmente.

Lo que más había extrañado a Savage era que las líneas convergían en la Petite République tras puntear los mapas en los lugares donde habían desaparecido las chicas. Era como si los raptores hubieran seguido una determinada ruta que concluía en aquel paraíso mediterráneo para millonarios ansiosos de emociones fuertes, y de demostrar que tenían mucha plata en sus cuentas bancarias.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó la voz de Maurice Borj.

A través de la grabación que escuchaba, Savage se metió mentalmente en la misma escena; adivinaba gestos y actitudes, por ello no le fue difícil construir la escena que se desarrollaba en la suite de un hotel de lujo de la Petite République, un hotel que no estaba lejos del parking del mirador al Mediterráneo donde se hallaban en aquellos momentos.

—Sólo le va a costar un millón de francos, monsieur Borj —le dijo el visitante, que parecía muy seguro de sí.

Tras él, en silencio, había dos individuos de aspecto inexpresivo, especialistas en las Artes Marciales Orientales. No llevaban más armas que sus manos y sus pies, pero, empleándose a fondo, eran definitivamente mortales y Maurice Borj no parecía ignorarlo.

—¿Un millón de francos? —La sorpresa de Borj fue grande—. ¡Lombardetti está loco, loco!

—Cálmese, yo no he nombrado a nadie.

—¡Pero es Lombardetti; a mí no me engaña ese cerdo!

—Cuidado, monsieur Borj. Si mi patrón se entera de sus insultos, el precio podría subir y no creo que a usted le convenga.

—¡Un millón de francos es una locura, una locura! —barbotó.

—Es como en el sistema bancario. Si no paga cuando es debido, la deuda se incrementa con intereses, recargos... Ya sabe cómo funcionan esos asuntos.

—¡Eran cien mil francos, cien mil, no un millón!

—Parece que tiene usted poca memoria, monsieur Borj. Pasar la noche en el camarote, con la chica elegida a través del catálogo de fotografías, eran cincuenta mil francos y estaba incluido hacer lo que quisiera con ella. Los clientes del Bateau Club son tipos escogidos. A través de nuestros contactos femeninos sabemos que gustan del sadismo, en sus relaciones sexuales, y por ello les ofrecemos una noche única de placer. Una chica a su disposición para lo que quiera, sin problemas posteriores aunque la llene de latigazos o se desahogue con ella a puntapiés. Son chicas que no pueden ir a protestar a ninguna parte; proceden de diferentes países, pero están incomunicadas en el barco y las ofrecemos a los clientes como usted,

sedientos de satisfacer un sadismo reprimido. Algo así como lo que podían hacer los patricios de la antigua Roma con sus esclavas... Les ofrecemos una esclava por una noche, además del espectáculo general en la sala-show,

—La chica se murió estúpidamente —protestó Maurice Borj.

—La chica que usted eligió era una linda danesa rubia que murió estrangulada. No le hacemos reproches, no es el único cliente que desata sus inhibiciones, su sadismo y mata a la chica. Todos ustedes son tan puercos como nosotros. —Se echó a reír cínicamente—. No es mejor el que compra que el que vende.

—Fue un accidente... —insistió Borj.

—Eso no es disculpa, monsieur Borj. La verdad es que nos importa poco que la matara; nosotros ofrecemos el lugar y la víctima porque todas esas bellas chicas que ponemos en manos de ustedes, los reprimidos, son víctimas. Quizá, mientras le hacía el amor y le apretaba el cuello, deseaba experimentar el poder de la muerte en sus manos, sabiendo que luego no tendría problemas con la justicia porque el barco está en aguas internacionales y cambia de bandera de cuando en cuando. Hay gente sobornada en este país que no nos viene a molestar, y hace la vista gorda porque sabe que todos nuestros clientes son peces muy gordos cargados de dinero y a este país le conviene que sigan viniendo para sus casinos de juego.

—Le dije que le pagaría.

—Por lo visto, usted había bebido un poco y no oyó bien que si al final de la noche la chica moría, el precio subía a medio millón de francos.

—Eso es una barbaridad.

—¿Valora, en menos, la vida de la chica que asesinó con su sadismo desatado?

—preguntó, Sarcástico y mordaz.

—Está bien, está bien, pero medio millón no es un millón.

—Un millón es el doble de medio millón, eso lo saben hasta los niños de párvulos.

—¡Me están chantajeando!

—Borj, usted debió pagar en el plazo estipulado. Se marchó del Bateau Club y no saldó su deuda en el plazo de una semana que era el máximo. Entonces, nosotros nos veíamos obligados a aplicar otras medidas más drásticas para cobrar, lo que eleva la tarifa a un millón. Ya sabe, unos recargos por ejemplo de personal especializado, riesgo, etcétera

—¡Son unos cínicos ladrones, asesinos y chantajistas!

—Es cierto, pero no somos todo eso menos que usted. La única diferencia es que nosotros sabemos que la gente nos mira así y en cambio, usted, en su país, pasa por un tipo honesto cuando no es

menos basura que nosotros. Ahora creemos que le ha llegado el momento de reflexionar, y esta misma noche acuda al Bateau Club con ese millón de francos. Lo queremos en oro, nada de billetes, oro —recalcó.

—Imposible, no podría recoger esa cantidad en oro aunque quisiera.

—Arrégleselas como quiera. Esta noche, nuestra lancha de enlace estará en el muelle que usted ya conoce, por haber sido cliente del Bateau Club. Traiga el oro, ya sabe, un millón de francos, asegúrese bien, y a la vuelta podrá regresar con su hermanita.

—¿Cómo está Sandra?

Aquel tipo extendió la mano hacia uno de los guardaespaldas y éste le entregó una lente de observar diapositivas, del tipo sencillo. Había una diapositiva colocada y debía situarse a contraluz. Maurice Borj cogió el aparatito y miró la diapositiva a través de la lente, aprovechando la luz de la ventana. Maurice Borj pudo ver a su hermana enroscada por la serpiente pitón e iluminada por un foco de luz roja.

—¿Qué le han hecho? —rugió, cogiendo por la solapa de la chaqueta al tipo que le había hablado.

Maurice Borj se llevó dos shuto-uchi a derecha e izquierda. Las manos cuchillo, con técnica de Karate, se las aplicaron los dos guardaespaldas, que lo sentaron en el suelo. Abrió la boca como un pez, reflejando el dolor que sentía tras recibir los durísimos golpes y ello sin que los dos especialistas en Karate hubieran necesitado emplearse a fondo.

—Es usted un estúpido, monsieur, tan estúpido como todos los que se dejan llevar por sus impulsos. Por eso estranguló a la chica que contrató para satisfacer sus instintos más bajos. Es mejor que siente la cabeza y pague. No puede hacer nada contra nosotros; no hay leyes que nos alcancen. Nuestro barco está bien vigilado, es un club camuflado y muy exclusivista. Todos nuestros clientes disfrutan con su sadismo, pagan y callan como muertos. A usted mismo no le conviene abrir la boca. No puede olvidar que mató a una chica; si eso se llega a saber, ¿quién se lo perdonaría?

Sentado en el suelo, ya más recuperado pero todavía pálido a causa del dolor, preguntó:

—¿Le han contado lo mío a mi hermana?

—No. Realmente, ella no sabe bien dónde está. Cuando la rescate, es posible que todo sea una pesadilla para ella, una pesadilla que no deseará recordar. Un par de semanas en una clínica suiza y quedará como nueva. Nunca sabrá bien lo sucedido, le podrá contar que pagó un rescate y asunto terminado. Claro que si esta noche, cuando nuestra lancha de enlace se aparte de los muelles, no está

usted a bordo, su hermana será entregada, con todos los honores, a un cliente del Bateau Club, tan sádico y repugnante como usted mismo. Es posible que le dé por utilizar el látigo... Los hay más sutiles que prefieren la aguja e ir pinchando, como las chicas están medio drogadas no se pueden defender. Otros emplean puntas encendidas de los cigarrillos; en fin, todos son tan sucios como usted. Mi patrón tiene un club que produce excelentes dividendos pero él, en realidad, no ha inventado esta clase de clubs. Clientes sucios como usted, monsieur Borj, los ha habido siempre, quizá en otros tiempos ejercían privilegios feudales. En fin, ¿para qué perder más tiempo?

¡Ah!, y que su hermana pase a ser una de las chicas para entretenimiento no quiere decir que le olvidemos a usted. Ella pagará, pero luego, el precio seguirá subiendo y encontraremos otras formas de convencerle si es que prefiere dejar a su hermana en la estacada. Cuando nuestras chicas de entretenimiento mueren, porque a la larga o a la corta todas mueren y ninguna sale viva porque podría hablar demasiado, terminan en el fondo del mar con zapatos de cemento para que no vuelvan a subir a la superficie. Si se le ocurriera bajar al fondo, encontraría los restos de la chica que mató en su noche de orgía, monsieur Borj. ¡Buenos días, hasta la noche...! —Y se marcharon.

M. P. Savage terminó de escuchar la grabación y entonces miró a Juanito Chancleta que se había quitado el auricular.

—¿Algo más?

El portorriqueño respondió:

—Maurice Borj está buscando dinero; ha llamado a tres Bancos.

—¿Crees que conseguirá reunir el millón de francos?

—Sí, ha llamado, también, a un joyero y va a comprar el oro. Se lo van a cobrar un treinta por ciento más alto del valor cotizado internacionalmente en el mercado del oro, pero como lo quiere rápido...

—¿Lo va a pagar?

—Sí.

—¡Magnífico! Se siente culpable, tiene remordimientos por lo que hizo.

—¿Un tipo tan despreciable como ése es capaz de sentir remordimientos? —inquirió Chancleta, escéptico.

—Quizá no por la chica que estranguló en la noche de orgía que le ofrecieron en el Bateau Club, pero puede tener remordimientos por lo que le suceda a su hermana, que, en realidad, será culpa suya.

Juanito Chancleta buscó con sus vivaces ojos las pupilas verdes de Savage y preguntó:

—¿Qué se puede hacer?

—Intervenir.

—Borj salvará a su hermana, pagando.

—Pero, hay otras chicas allí, drogadas al parecer, que sirven de festín para las fieras sádicas en que se convierten los clientes que acuden al Bateau Club, sabiéndose en total impunidad.

—La policía no puede intervenir. Tendríamos que llamar a las autoridades de marina y es posible que algún alto jefe esté sobornado, como ha sugerido el visitante de Borj.

—Sí, pero tengo un plan para desmantelar este Bateau Club y terminar con ese repugnante negocio.

—Mira, ahí llegan Ricky y Fiorella; ella viene riendo.

—Ricky es un tipo magnífico, siempre risueño y llevando fabulosamente bien su gigantismo corporal.

—¿Ha de saber ella algo de lo que acabamos de averiguar?

—Es mejor que no, Juanito, quiero sacar un reportaje de lo que sucede en ese repugnante Bateau Club,

—¿Filmación o fotografías?

—Fotografías. Quiero rostros, ¿comprendes? Rostros que salgan a la luz pública y que la gente de todo el mundo pueda reconocer y darse cuenta de la catadura moral de los que, luego, en sus respectivos países, aparecen como gente honesta y digna.

—Las conseguiremos, Savage.

CAPÍTULO VIII

—Fiorella, vamos a correr un grave riesgo. Es preferible que no nos acompañes.

—Quiero ir —dijo, resuelta, sin atender a los razonamientos de Savage—. Tú me has enseñado que, para conseguir la justicia, hay que luchar,

—Sí, pero no luchar para hacer daño, sino para denunciar. Hay que evitar la violencia siempre que se pueda, ésa es la norma básica de un buen budoka.

—Aunque yo no sea budoka, tomaré en cuenta esa norma básica. Además, si vais a rescatar a Sandra le hará falta una amiga en quien confiar.

—Eso es cierto. Habrá mucha confusión en el plan que tengo preparado.

—Si puedo ayudar, deseo hacerlo.

—Los raptores son asesinos de la misma catadura que los mafiosos internacionales, si es que no tienen una relación directa con ellos.

—Correré el riesgo; ya me tropecé una vez con ellos.

—Y estuvieron a punto de asesinarte —recordó Savage—. De no llegar nosotros a tiempo, habrías muerto. El golpe de karate que te propinaron, era mortal de necesidad. Tuviste suerte de que yo conozco la técnica de evitar el poder letal de los golpes de karate, recibidos; no es que siempre sea efectiva, pero en tu caso resultó el Konat-Sou.

—Insisto, quiero acompañaros.

—De acuerdo, ven con nosotros, pero te limitarás a hacer lo que te digamos.

¿Comprendido?

—Sí.

—Pues vamos, no hay tiempo que perder. La tarde muere y la noche se acerca.

En uno de los muelles de recreo, Ricky y Juanito Chancleta estaban trabajando en la canoa rentada por Savage.

—Sube —dijo Savage a la chica.

—Savage, hay un par de guardianes de muelles que nos han estado vigilando. Sería preferible que saliéramos cuanto antes. Si suben a bordo y descubren lo que llevamos, nos van a enchironar, por

terroristas.

—Pues, salgamos rápido.

Pusieron en marcha la canoa motorizada y enfilaron hacia la salida de la bahía. Savage no tomó la dirección del barco anclado fuera de las aguas jurisdiccionales de la Petite République.

—Hay que dar un rodeo para que no nos descubran —comentó Savage.

En realidad, esperaron a que se hiciera de noche en alta mar. Entonces, sacaron una gran tela negra con la que envolvieron la proa de la canoa y todo cuanto se pudiera ver a distancia, en medio del agua. La luna estaría en cuarto menguante y habría luz suficiente como para descubrir una embarcación sin necesidad de focos, puesto que no había niebla alguna.

Surcaron las aguas, poniendo proa al barco anclado en forma permanente; aquel mercante inservible para navegar, pero que, fijado en un punto determinado por un remolcador y anclado convenientemente, quedaba lejos del alcance de la ley.

Savage oteó con los prismáticos la superficie del agua hasta que encontró las luces del mercante que servía de prostíbulo internacional especializado para millonarios psicópatas, frustrados y ansiosos de sadismo, sin problemas posteriores con la ley.

—En adelante hay que acercarse sin hacer ruido.

Sacaron de la canoa, tras detener el motor de gasolina, un motor eléctrico con una hélice que podía acoplarse fuera borda. Aquel motor profesional funcionaba mediante un grupo de baterías. En realidad, la canoa iba sobrecargada con el peso de las cuatro personas, especialmente por Ricky que pesaba tres o cuatro veces más que Fiorella.

Con aquel motor eléctrico, sumergido en el agua, y silencioso, siguieron avanzando, muchísimo más lentamente pero de forma sigilosa.

—¡Savage, mira, llega la lancha grande! —indicó Juanito Chancleta.

Savage detuvo el motor eléctrico y la canoa se balanceó a merced de las suaves olas mediterráneas. El agua casi llegaba al borde de la canoa, por el exceso de peso. La situación era peligrosa y si la gran lancha pasaba muy cerca, el embate de las olas provocadas por el potente motor podía hacerles naufragar.

Aguantaron, escondiéndose debajo de la tela negra que les camuflaba, mimetizándoles con la superficie del agua. La lancha pasó cerca y les hizo oscilar peligrosamente, pero la gran lancha se alejó hasta detenerse junto a la escalerilla del mercante que habían dado en llamar Bateau Club.

Savage asomó por la tela negra y con los prismáticos, observó a

los que subían a bordo del barco que por su aspecto exterior parecía un mercante viejo y grande, cuando por dentro, era totalmente distinto, como otros barcos que se convertían en emisoras piratas de radio o televisión o simplemente en barcos espía.

Aquel mercante había vuelto a cambiar de bandera y de nombre y a nadie parecía molestarle lo más mínimo porque, aparentemente, ellos tampoco molestaban a nadie.

—Ahí está Maurice Borj.

—¿El hermano de Sandra? —preguntó Fiorella.

—Sí.

Juanito Chancleta, sin poder observar con los prismáticos como estaba haciendo el propio Savage, preguntó, interesado:

—¿Lleva el dinero?

—Lleva un maletín que parece pesado. Hay que tener en cuenta el reducido volumen del oro respecto a su peso.

—¿Entramos en acción? —preguntó el dinámico puertorriqueño.

—Ahora hay peligro, pero como nadando tardaremos en acercarnos, será bueno que nos vayamos preparando.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Fiorella.

—Tú te vas a quedar aquí. Ya sabes manejar el motor de la canoa, ¿verdad?

—Sí, pero si os pasa algo, ¿cómo os ayudo?

—Tú tendrás dos emisores; cuando escuches un pitido, pulsarás este botoncito del pequeño, mira... —le mostró el emisor-receptor pequeño—. Yo diré que soy Día. Entonces, tú pulsarás el botón rojo que tiene esta caja; es un detonador a distancia.

—¿Un detonador; vais a hundir el barco?

—No te preocupes, las cargas son pequeñas e incapaces de hundir un barco aprisa. Sólo le haremos un par de agujeros a ese sucio cascarón. Hemos estudiado la forma de hacerlo y no se hundirá antes de ocho o diez horas.

—Pero ¿se hundirá?

—Sí, eso es lo que deseamos que ocurra.

—Eso es grave, Savage.

—No tengas miedo y ahora, atiéndeme. Aquí hay otro emisor de radio y una cassette. Después de pulsar el botón rojo del detonador, esperarás cinco minutos y conectarás la grabadora que va unida al emisor.

—¿Y qué pasará?

—Que la grabadora comenzará a lanzar un mensaje de SOS con la posición exacta del barco. Será como si lo lanzara el mismo barco. Be este modo, otros barcos y los propios guardacostas acudirán en su ayuda y sacarán a toda la gente del barco que se hunde.

—¿Y por qué no lanzan el SOS ellos mismos? —interrogó Fiorella, desconcertada.

—Porque si esperamos a que ellos lancen el SOS, es decir, Lombardetti y sus secuaces, antes dejarían hundir el barco para que nadie descubra lo que esconden dentro. Debemos lanzar, nosotros, el SOS, de forma angustiosa e insistente para que acudan el máximo de barcos al salvamento. De esta forma, serán cogidos por sorpresa. ¿Te acordarás de todo lo que te he dicho, Fiorella? Es importante porque vamos a confiar en ti.

Fiorella respiró hondo y luego comenzó a decir:

—He de esperar a recibir tu llamada; entonces, pulso el detonador y estallarán los artefactos.

—No lo hagas antes, porque nos convertirías a nosotros en harina para los peces —advirtió Juanito.

La muchacha miró el detonador, con evidentes reparos.

—Sí, sí, no lo tocaré hasta que llegue el momento.

—Bien, continúa.

—Después, esperaré cinco minutos y entonces, conectaré la grabadora y el emisor para que se lance el SOS.

—Perfecto, verás como nada falla.

Todo estaba en orden para comenzar. Savage estaba seguro de que los vigilantes de la cubierta del barco estarían armados por si se acercaban intrusos. A los que iban a satisfacer sus más bajas y ocultas pasiones, el Bateau Club les ofrecía la garantía de que no serian molestados en absoluto.

Vestidos con los trajes de neopreno, pero sin botellas de oxígeno, se dispusieron a zambullirse.

Juanito cargó con una bolsa hermética de lona plastificada en la que introdujo dos máquinas de fotografiar, “Nikon ”, cargadas con película ultrarrápida.

Savage portaba las dos cargas submarinas que no eran de gran potencia pero sí suficientes para abrir un boquete al casco de un barco que no fuera de guerra.

Savage conectó los hilos de cada una de las cargas al detonador que quedaría en la canoa al cuidado de Fiorella. Después, llevaba un carrete con cable unido a las cargas y, a medida que avanzaba hacia el barco, iría soltando cable.

Fiorella tragó saliva al ver que los hilos estaban conectados. Savage, para quitarle preocupación, dijo:

—No temas; hasta que no coloquemos las cargas en el casco de ese burdel flotante, no podrán estallar.

—Sí, antes hay que quitar los seguros —corroboró Juanito, añadiendo—: Son unos juguetitos muy peligrosos, que fabricamos nosotros mismos. No nos gusta emplear estos medios, pero hay que

sacar a esas ratas de donde están y la única forma de conseguirlo es meterles el miedo en el cuerpo. ¿No es así, Savage?

—Eso es. Se trata de asustarlos, para que salgan de la madriguera. No vamos a hacer daño a nadie, puesto que incluso nosotros mismos subiremos a bordo del buque.

—Pero, ¿cuándo regresaréis? —insistió Fiorella que trataba de dominar su miedo. La noche, el mar, la soledad y aquel buque fantasmal, como una gran mole negra ante ellos, la desasosegaban.

—Cuando nos acerquemos a ti, nos pondremos en comunicación con el pequeño emisor. Ricky es Sol, Juanito Noche y yo, Día, ésas son las contraseñas.

Fiorella quería decirles muchas cosas, pero se contuvo y los tres hombres se zambulleron en el mar. Fiorella se inclinó al borde de la canoa y tocó la cabeza de Savage.

—Espera.

—¿Qué?

Buscó la boca del hombre con la suya y notó el sabor salobre del agua del mar que ya empapaba a Savage. Hubiera seguido besándole, lo hubiera retenido consigo para que no fuera hacia el peligro, pero no podía hacerlo. El mismo le había dicho que se debía a la lucha contra la corrupción, contra la explotación del hombre por el hombre, y el mantenimiento de Liberty Garden. Para Savage, ningún amor podía ser definitivo y Fiorella lo sabía, no vivía engañada.

Los tres hombres nadaron en dirección al casco del barco y lo hicieron sin ser vistos.

Ricky, que nadaba más ligero de lo que cabía suponer debido a su gran corpulencia, se quedó cogido a la quilla de la potente lancha de acero que utilizaban los del buque para llegar a los muelles de la Petite République.

A medida que nadaba, Savage había ido soltando el cable a través del cual luego habrían de detonar las cargas. Juanito entregó el paquete con las cámaras “Nikon ” a Ricky para que lo sostuviera. A su vez, Savage dio una de las cargas a Juanito y la otra se la quedó él mismo. Ambos se separaron, zambulléndose.

Al descender, pegados al casco del buque, comprobaron que estaba repleto de algas e innumerables incrustaciones marinas, lo que delataba el largo tiempo que aquel barco permanecía anclado allí. Una verdadera fauna y vida animal en pequeñas incrustaciones se había desarrollado, de tal forma, que, de tener que navegar, le habría sido muy difícil por la resistencia al agua que ofrecería todo aquel mundo viviente.

Savage y Juanito tuvieron que arrancar incrustaciones con sus respectivos cuchillos para que el imán de la carga explosiva pudiera adherirse al casco del buque. Cejaron las cargas, les quitaron los

dispositivos de seguridad y regresaron a la línea de flotación.

Todo estaba tranquilo, nadie les había descubierto.

Se acercaron sigilosamente a la gran lancha. Savage subió a la misma, ayudándose por la escalerilla pegada al casco del buque: Dentro de la lancha había dos hombres que, cuando vieron aparecer a Savage, ya era demasiado tarde.

—¡Eh, mira...!

Savage atacó con una contundente tegatana al gan-chu, el punto bajo el pezón de uno de los vigilantes, al tiempo que lanzaba su codo izquierdo al mentón del otro. Dos golpes bastaron, pero viendo que uno de ellos se removía, le aplicó un uraken en la base de la nariz. El puñetazo con el dorso del puño surtió su efecto, dejándolo inconsciente.

—¡Vamos, arriba! —exclamó.

Ricky subió a la lancha. Entró en la parte cubierta de la misma y allí quedó convertido en dueño y señor.

—Controla la lancha hasta que volvamos —le pidió Savage.

—Sí, no me la qui...quitarán...

—Hasta luego, Ricky —le dijo en voz baja.

Savage y Juanito Chancleta, tras secarse las manos, se repartieron las máquinas de fotografiar que llevaban películas ultrarrápidas, capaces para tomar fotografías casi en la oscuridad. Subieron por la escalerilla con la cabeza gacha, ofreciendo la negrura de sus trajes de neopreno por si alguien les veía desde lo alto.

Llegaron a la cubierta del barco. A la entrada no había nadie, y se deslizaron hacia el interior del buque. Para mejor camuflar lo que era realmente aquel buque, su parte de casco, cubiertas y exteriores visibles en general, no habían sido retocados en lo más mínimo; toda la transformación estaba en su interior. En las bodegas se habían abierto salones, y habitaciones amplias y apropiadas para el repugnante uso a que se las destinaba.

Se deslizaron por varios corredores sin tropezarse con nadie hasta que, de pronto, se dieron de bruces con un matón de raza oriental que les observó fijamente durante un instante. Luego...

—¡Kiaiii!

Savage se apartó a tiempo, cuando el oriental golpeaba con un taconazo contra la pared de un camarote que quedó reventada. Savage, que llevaba la máquina de fotografiar colgada del cuello, cuando el otro estaba en el aire le aplicó un contundente Yama-zuki, es decir, el doble puñetazo en U. Con un puño le cazó entre el cuello y el hombro, mientras el otro puño se cerraba por el bajo vientre.

—¡Aaaagghh!

El oriental cayó al suelo, convertido en un saco. Entre Chancleta y Savage lo metieron en un camarote, haciéndolo desaparecer de la

circulación.

Pudieron oír claramente música y unos restallidos. Fueron en busca del origen de los mismos, llegando de esta forma al salón donde se representaban los shows sádicos.

En el escenario, bajo los focos multicolores y psicodélicos, una chica hacia un strip-tease, mientras un hombre, con túnica y capucha ocultándole rostro y cabeza, hacía restallar un látigo alrededor de ella.

—Haz tres o cuatro fotografías de este lugar.

Ambos tomaron varias fotos, justo cuando el encapuchado marcaba, por primera vez, la piel femenina con su látigo.

—¡Hay que impedirlo! —gruñó Juanito. Savage sacó el emisor y llamó por él.

—Día llama, Día llama...

—Te escucho —respondió la voz de Fiorella.

—¡Ahora!

Hubo unos instantes de vacilación. Savage y Juanito se miraron. De pronto, la onda sonora se transmitió por todo el buque. Las dos explosiones fueron simultáneas y provocaron la lógica confusión.

El encapuchado del látigo quedó en suspenso mirando a su alrededor, tratando de averiguar lo sucedido. Algunos de los clientes abandonaron sus mesas.

—¡Calma, calma, caballeros, no sucede nada! —gritó uno de los servidores de Lombardetti.

—¡Sí que pasa! —rugió Savage—. ¡Es una bomba, una bomba! La confusión fue, entonces, total.

Juanito Chancleta fue disparando su cámara “Nikon ”. La música se detuvo y la chica del escenario, medio drogada, se derrumbó. El encapuchado del látigo se enfrentó con Savage, al verle acercarse para sacar a la muchacha de la situación en que se hallaba.

El látigo golpeó a Savage, salvándole el traje de neopreno que, sin embargo, limitaba su agilidad. Sin embargo, le aplicó un doble puñetazo, el primero al pecho y el segundo en la frente.

El encapuchado cayó, dando unas espasmódicas contracciones de piernas. Savage cogió el látigo y lo hizo restallar sobre los clientes del Bateau Club.

—¡Sucios, cerdos!

Corrieron como una manada histérica, por los corredores, en dirección a cubierta. Los más asustados se precipitaron por la escalerilla en busca de la lancha, pero a medida que llegaban a ésta, una fuerza descomunal y sorpresiva los izaba en el aire y los hacía saltar por la borda, lejos de la embarcación.

Uno a uno, tal como bajaban y, en medio de la confusión, iban a parar al mar.

La especialidad de Ricky, como campeón de Sumo, era la de

lanzar por el aire a sus adversarios y aquellos repugnantes tipos, cargados de millones en sus cuentas corrientes, no eran precisamente sumotoris y volaban con una facilidad que regocijaba a Riscky.

Savage miró a la chica caída; no corría más riesgos y la dejó donde estaba. No tardarían en salvarla, cuando fuera lanzado el SOS general.

Savage se reunió con Juanito; en la confusión, hubieron varios disparos de pistola. Savage y Juanito corrieron por un pasillo, descubriendo, de pronto, a un grupo de cinco personas.

—¡Juanito, haz tres fotos!

—¡Eh, vosotros! —rugió Lombardetti, al tiempo que sacaba una pistola. Savage no le dio tiempo a emplearla.

Lanzó su kiai silencioso pero capaz de hacer perder el equilibrio a un enemigo y levantó el talón de la pierna derecha por encima de la rodilla izquierda, que actuaba como soporte de su vigoroso cuerpo. Aprovechó el latigazo de la rodilla para asestar la terrible patada con un movimiento frontal y hacia arriba. La mae-geri fue definitiva. La patada látigo hundió la nariz y rompió la mandíbula superior de Lombardetti que, al caer, empujó al hampón que acudiera a visitar a Maurice Borj al hotel.

Maurice Borj estaba allí, sosteniendo a su hermana que parecía adormilada, con dificultades para sostenerse en pie. Sus párpados apenas podían entreabrirse a causa de las drogas que le habían aplicado para que no molestara.

—¡Savage! —exclamó Borj, reconociéndole.

Mientras Savage se enfrentaba con el guardaespaldas de Lombardetti, Chancleta dejaba fuera de combate al cínico que preparara el chantaje en el hotel de Borj.

El guardaespaldas oriental no era fácil de vencer cuando, de pronto, por el corredor apareció uno de los encapuchados con túnica. Llevaba una katana en la mano y al ver al grupo...

—¡Kiaiii!

Se lanzó, con la katana por delante, para hundir el sable en la espalda de Savage. Aquélla no era la forma usual de atacar de un kendoka, pero las reducidas dimensiones del corredor impedían utilizar la espada japonesa de otra manera.

—¡Cuidado, Savage! —gritó Borj, dándose cuenta de que habían acudido al buque para ayudarles.

Borj se interpuso entre Savage y el kendoka...

—¡Aaaaaggh!

La katana se hundió en su cuerpo y antes de que el kendoka pudiera rescatar el sable para volver a emplearlo...

—¡Kiaiii!

El kiai de Juanito Chancleta era fuerte y agudo. Empleando

Hapkido, estiró sus dedos hacia delante. Se los metió por los ojos al asesino, hundiéndoselos hasta el mismísimo cerebro.

Savage cogió a Sandra, que se deslizaba por la pared hasta el suelo. Se la cargó a la espalda y corrió tras Juanito. No había tiempo para lamentos.

—¡A cubierta, a cubierta!

Corrieron hacia cubierta donde reinaba una caótica confusión. Los clientes del Bateau Club querían huir a la desesperada; algunos estaban allí gritando y otros flotaban en el agua.

—¡Paso, paso! —gritó Savage, apartándolos a empujones.

Los dos budokas se precipitaron escalerillas abajo y se metieron en la gran lancha de acero donde Ricky aplicaba contundentes atemis a los que, desde el agua, trataban de subir a ella.

—¡Vamos, Ricky, en marcha! —gritó Savage.

El motor de la potente lancha roncó con fuerza y los que flotaban en el agua, más o menos aturdidos, se apartaron de las hélices mientras el gran buque se iba hundiendo. El agua entraba en el interior de su panza. Debido al mal estado del casco, el boquete abierto por las explosiones resultó más grande de lo previsto.

Savage depositó a Sandra en el suelo de la embarcación, mientras Ricky pilotaba la lancha en busca de Fiorella.

—¡Llama Día, llama Día! ¿Me escuchas, Fiorella?

—Sí, escucho. ¿Estáis bien?

—¡Ahora venimos!

Ricky frenó la lancha al llegar junto a la canoa. Aproximaron una embarcación a la otra y pasaron a Sandra al interior de la canoa. Savage exclamó:

—¡Lanzad el motor eléctrico y las baterías al agua, ya no nos sirven!

Mientras Ricky y Juanito llevaban a cabo lo que acababa de pedir Savage, éste puso la lancha a toda velocidad. Encaró proa al sur, conectó el piloto automático y saltó al agua. Regresó, nadando, a la canoa, mientras la lancha de los asesinos se perdía de vista por el mar, alejándose más y más, para que nadie de los que allí estaban, pudiera escapar al salvamento.

Pusieron la canoa en marcha y se alejaron del lugar mientras a lo lejos se oían sirenas de barcos y guardacostas, advirtiendo de su llegada para el salvamento en tanto el buque se hundía inexorablemente, terminando con aquella pesadilla, con aquel paraíso para fieras ansiosas de complacer su sadismo.

—¡Sandra, Sandra!

—No temas, Fiorella, sólo está drogada, se le pasará. Tenemos que llevarla lejos de aquí; es mejor que la policía no la moleste.

Se alejaron, sin que nadie les viera, mientras los guardacostas

se acercaban conectando potentes focos para iluminar el buque que naufragaba. Los equipos de salvamento no tardarían en saltar al interior del barco para revisar a fondo y rescatar a cuantos estuvieran dentro. De esta forma, descubrirían los camarotes para sádicos y salvarían a las chicas raptadas. El escándalo estaba conseguido y el fin del paraíso de las fieras había llegado.

EPILOGO

Savage dejó a las dos muchachas instaladas en el apartamento. Sandra se recuperó gracias a la actuación del propio Savage, quien le recomendó se presentara a las autoridades alegando que había perdido su documentación y que cuando tuviera un duplicado del pasaporte, ambas marcharan a Suiza donde acabarían de reponerse.

Savage no ocultó a Sandra todo lo sucedido, especificando:

—Tu nombre no saldrá en el reportaje. Ahora, has de ser fuerte. La pesadilla terminó.

La Petite République se había vaciado de turistas; de todos aquellos que habían acudido a presenciar el gran rally. El hundimiento del buque anclado fuera de las aguas jurisdiccionales tuvo escasa trascendencia, pues el dinero corrió para tapar lo sucedido; no obstante, Savage tenía su reportaje dispuesto para denunciarlo al mundo. Borj había muerto, Lombardetti, también, pero la opinión pública debía conocer la existencia de aquel buque hundido. Si alguien pretendía negarlo, las pruebas subsistirían en el fondo del mar.

Fiorella contuvo sus lágrimas, el día en que vio alejarse a Savage y a sus dos compañeros a bordo del gran "Daymio".

Amaba a Savage y era consciente de que no podía retenerlo. Savage tenía otros reportajes que llevar a cabo para denunciar la corrupción, una corrupción tan repugnante como la descubierta en el Bateau Club.

FIN

Notas

[←1]

La Petite République es un país imaginario por razones de ética. Esta pequeña y supuesta nación a orillas del Mediterráneo y a caballo de tres fronteras, vive del turismo que acude a sus playas y de los grand es casinos, del mundillo esnob. (N. del. A.)

[←2]

Bloqueo alto.